

José Zamudio Z.

Medina y la bibliografía

Bibliography, which is to the historian what a chart is to the mariner.—Henry Harrisse.

SUMARIO: I. La bibliografía chilena antes de Medina.— Los precursores.— La obra de Briseño.— Barros Arana, bibliógrafo.— Bibliófilos y catálogos. II. La obra bibliográfica de Medina.— Comienzos de una labor bibliográfica.— Clasificación de la obra bibliográfica de Medina.— Bibliografía hispanoamericana.— Bibliografía hispanochilena.— Bibliografía hispanofilipina.— Bibliografía de la imprenta en América y Filipinas.— Bibliografía de obras raras americanas. Bibliografía de los descubrimientos geográficos.— Bibliografía lingüística americana.— Bibliografía literaria.— Bibliografía de obras anónimas y seudónimas y de traducciones.— Bibliografía numismática.— Bibliografía biográfica.— Los catálogos.— La técnica bibliográfica.— Conclusión.

I

LA BIBLIOGRAFIA CHILENA ANTES DE MEDINA

LOS PRECURSORES



El primer intento de bibliografía de Chile, hecho por un chileno, se debe al célebre jesuíta Juan Ignacio Molina (1740-1829), que, exilado en 1767, por el decreto de expulsión de la Orden de los dominios de España, dió a las prensas extranjeras, en la ciudad de Bolonia, el año 1787, un libro titulado *Saggio sulla storia civile del Chili*, que figura entre las

obras clásicas de la historiografía chilena. Al final aparece un "Catálogo de los escritores de las cosas de Chile", en que se enumeran 66 obras, entre impresas y manuscritas, "el cual —dice el propio abate Molina— puede ser útil a aquéllos que quieran darnos una historia completa". Este primer aporte embrionario a la bibliografía nacional, del historiador jesuíta, "no pasa de ser un apunte bibliográfico descarnado, sin ninguna de las condiciones que hacen recomendables un trabajo de esta índole", según lo califica Medina (1).

El tímido ensayo anterior de nuestra bibliografía no tuvo ningún otro eco, sino justamente después de 70 años, a pesar de que esta herramienta de la investigación histórica hacía continuos progresos en Europa, durante la primera mitad del siglo XIX, con la aparición de importantes repertorios bibliográficos.

Este segundo trabajo, el "Catálogo de los libros y folletos impresos en Chile desde que se introdujo la imprenta", se dió a luz por la *Revista de Ciencias y Letras*, correspondiente a 1857. Los autores de esta publicación que apareció, sin embargo, en forma anónima, fueron los hermanos Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, que ya desde temprano se consagraban a laborar juntos en empresas en las que más tarde lograrían notable prestigio.

El Catálogo de los Amunátegui no muestra, sin embargo, ningún progreso, con respecto al del abate Molina y es tan "descarnado" como su antecesor. Está desprovisto de todo método bibliográfico, con prescindencia de datos que son elementales en la descripción de impresos. Representa, en suma, dicho ensayo, una simple lista de 841 publicaciones dadas a las prensas en Chile, desde 1821 hasta 1857, dispuestas en orden cronológico, pero no alfabético, ni de otra especie, dentro de cada año. Desmerece aún más el valor y la efectivi-

(1) *Biblioteca Hispano-Chilena* (Santiago, 1897), I, p. XVI.

La obra de Molina fué traducida por el chileno don Nicolás de la Cruz y Bahamonde, bajo el nombre de *Compendio de la historia civil del Reyno de Chile*, Madrid, 1795, aumentada con varias notas del traductor. Se reimprimió en la *Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional* (Santiago, 1901), t. XXVI.

dad bibliográfica de este trabajo, el criterio que siguieron sus autores, al no incluir aquellas publicaciones que tenían un interés de circunstancia o que versaban de asuntos privados, como informes en derecho, algunos periódicos, etc., con excepción de los que poseen un interés científico o literario, como expresaban los mismos autores por vía de nota.

Poco tiempo después de la publicación de los Amunátegui, aparecía en 1861, un nuevo "Catálogo de las obras publicadas en Chile desde el año 1812 hasta el de 1858", que se debía al escritor y periodista Santiago Lindsay (1825-1876), en ese entonces jefe de la Oficina de Estadística, en cuyo *Anuario* (2) se dió cabida a su catálogo de la producción bibliográfica chilena.

Lindsay aprovechó para dicho trabajo, el de los hermanos Amunátegui y, además, una "Lista alfabética de los periódicos publicados en Chile, desde el principio de la revolución, hasta el día", que había incluido Alberdi, en un libro que dió a luz en Chile, en 1846, cuando sufría destierro, junto con los demás emigrados argentinos, durante la época de Rosas (3).

De esta manera se reunió en una sola lista, que abarcaba desde el establecimiento de la imprenta hasta 1858, la nómina de 1,240 publicaciones, entre libros, folletos y periódicos. Basada esta publicación, como se ve, en trabajos anteriores, ya de por sí incompletos, contiene innumerables omisiones y vacíos, especialmente al tratarse de las publicaciones de carácter periódico. Además, se deja fuera de inventario, como explica Lindsay, las "memorias sobre juicios, muchos libros de devoción y en general muchas impresiones que no podían considerarse como artículos de librería". En cuanto al método bibliográfico seguido por el autor, es todavía muy imperfecto;

(2) *Anuario Estadístico de la República de Chile* (Entrega segunda, Santiago, 1861), "Catálogo" de Lindsay, p. 144-156.

(3) La obra de Alberdi se titula, *Legislación de la prensa en Chile, o sea Manual del escritor, del impresor y del jurado*. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1846. La lista de periódicos chilenos, ocupa las páginas 25 a 27. Abarca 207 títulos de publicaciones periódicas, sin ninguna indicación, ni siquiera la del lugar en donde fueron impresas.

en la descripción de los impresos, por ejemplo, se omite la designación de lugar o de imprenta.

Estos primeros modestísimos ensayos de la incipiente bibliografía nacional, en nada se asemejaban, como se ve, a una obra medianamente siquiera con el carácter de tal. Tendría que transcurrir otro período largo, para que aparecieran los primeros que podrían llamarse bibliógrafos, poseedores de los conocimientos necesarios para abordar las disciplinas de la ciencia del libro (4).

LA OBRA DE BRISEÑO

El gran desarrollo de la cultura que floreció en Chile, alrededor de mediados del siglo XIX, y que imprimió su huella en todo orden de actividades, tuvo como uno de sus focos principales a la Universidad de Chile, bajo la rectoría del ilustre Andrés Bello. No es extraño, pues, que a esta institución universitaria, se le deba la publicación de la primera bibliografía nacional, propiamente tal, y que revela en sus impulsores una gran visión para hacer una obra de vasto alcance, que colocaría a Chile entre las naciones que se esforzaban por levantar el inventario de su producción bibliográfica. Al lado de Bello hay que agregar los nombres de Miguel Luis

(4) No existe hasta ahora una obra de conjunto sobre la bibliografía chilena, aunque no faltan elementos para ella. Un trabajo fundamental preparatorio es el de Ramón A. Laval, *Bibliografía de bibliografías chilenas* (Santiago, 1915), apartado de la *Revista de bibliografía chilena y extranjera*, año III. Complemento de éste, es el de Herminia Elgueta de Ochsenius, *Suplemento y adiciones a la anterior* (Santiago, 1930), apartado de la misma revista, 1929, p. 115-176.

Otra bibliografía de bibliografías chilenas, más actualizada, se encuentra en la excelente guía de C. K. Jones, *A Bibliography of Latin American Bibliographies* (2d edit. Washington, The Library of Congress, Hispanic Foundation, 1942), "Chile" pp. 141-162.

Luis Montt en su *Bibliografía chilena* (Santiago, 1904), II, 1812-1817, p. V-XVIII, hace una breve síntesis de los diversos trabajos bibliográficos efectuados en Chile. Del mismo carácter, también, es la introducción de Guillermo Feliú Cruz a la *Bibliografía de la Imprenta en Santiago de Chile... Adiciones y ampliaciones por José Toribio Medina* (Santiago, 1939), p. VII-XIV.

Amunátegui y de Barros Arana, como los que propiciaron, también, esta empresa, desde el seno de la Universidad.

El 17 de diciembre de 1859, el Consejo universitario tomó un acuerdo para encargar la formación del catálogo de todas las publicaciones impresas en Chile, desde 1812, al Secretario de la Facultad de Filosofía y Humanidades, de la misma, don Ramón Briseño (1817-1910). El acuerdo universitario especificaba que su ejecución debía sujetarse a las normas corrientes de la ciencia bibliográfica.

El comisionado con tan honroso encargo, como difícil, además de profesor de filosofía en el Instituto Nacional, se había destacado en diversos trabajos relativos, en especial, a la erudición histórica y a la didáctica.

Briseño, que tenía un sentido más desarrollado de lo que debía ser un bibliógrafo y poseedor de cierta disciplina y mayores conocimientos en esta materia, que sus antecesores, se fijó un método más preciso y científico para la exploración del vasto campo que había alcanzado el desarrollo de la imprenta en el país.

En primer lugar, se desentendió, por completo, de las listas de los Amunátegui y de Lindsay, que ya hemos visto, y se dedicó por un tiempo largo, con "heroica paciencia", como él mismo la califica, a tomar nota detallada de los fondos bibliográficos en materia de impresos chilenos, que se conservaban en la Biblioteca Nacional de Santiago y en diversas otras bibliotecas particulares, ricas en esta clase de publicaciones.

Además, por insinuación suya, se investigó en todo el territorio de la República, por personas comisionadas al respecto, las huellas de cualquier impreso, en especial, las publicaciones periódicas.

Solamente en 1862, se dió a los moldes el primer fruto de la ardua labor de Briseño, en un volumen de respetable tamaño, que llevaba por título *Estadística bibliográfica de la literatura chilena* (5).

(5) La descripción completa es, *Estadística bibliográfica de la literatura chilena. Obra compuesta, en virtud de encargo especial del*

La denominación parece antojadiza y extraña, y así lo ha hecho notar más de un comentarista de nuestra bibliografía. Al simple observador, el libro de Briseño, le parecerá una obra de carácter estadístico, por la disposición y la estructura que le dió a la descripción de los impresos, fragmentada en columnas y cuadros. Pero, tomada la palabra "estadística" en su etimología, podría entenderse que Briseño quiso mostrar la verdadera situación o *status*, como se dice hoy, de la producción bibliográfica chilena (6).

En cuanto al término "literatura", estaba empleado en el sentido alemán, de conjunto de producción impresa sobre una materia determinada.

La obra de Briseño abarca desde 1812 hasta 1859 y está dividida en tres secciones. La primera, titulada Impresos chilenos, se subdivide en tres catálogos, como los llama el autor. El primero, por orden alfabético de los respectivos títulos, con especificación de todas las particularidades externas del impreso, tal como se lo había encomendado la Universidad; es decir, primero se encuentra el título y autor de la publicación colacionada y en seguida, en diversas columnas, se anota el número de volúmenes, si es una obra, o la cantidad de números, si es un periódico; y en las siguientes columnas, el número de páginas del impreso, el tamaño o formato, el año de impresión, la imprenta y el lugar.

El segundo catálogo está confeccionado por orden cronológico de aparición de los mismos impresos que figuran en el anterior, pero con la sola anotación del título, sin las demás particularidades bibliográficas, con referencia, únicamente, a las páginas del primer catálogo.

El tercer catálogo comprende exclusivamente publicaciones pe-

Consejo de la Universidad de Chile, por el miembro de la misma Universidad en la Facultad de Filosofía i Humanidades, don Ramón Briseño. Santiago de Chile, Imprenta Chilena, 1862.

(6) En la bibliografía europea, especialmente alemana, existen varios repertorios que emplean en su nombre la palabra "estadística",

riódicas que aparecieron en Chile en el período 1812-1859, en orden alfabético.

Las otras dos secciones fueron agregadas por cuenta de Briseño, pues exceden el encargo de la Universidad, que había quedado cumplido en la primera parte. Constituyen estas secciones, excelentes y útiles apéndices al núcleo bibliográfico principal de la obra. A una la tituló el bibliógrafo, "Catálogo de las obras y documentos que, más o menos, directa o indirectamente, tratan de Chile, sea que se hayan publicado en el extranjero o que se mantengan inéditas", y a la última, "Catálogo de los escritores chilenos, cuyas obras, o han sido publicadas en el extranjero, o permanecen inéditas".

En vista de la importancia y utilidad de semejante repertorio para la investigación y el estudio del movimiento cultural del país, la misma Universidad, en 1876, ahora bajo la rectoría del sabio Ignacio Domeyko, encomendó a don Ramón Briseño la continuación de su obra. Tres años más tarde veía la luz pública, cuando su autor ocupaba el cargo de Director de la Biblioteca Nacional, el segundo tomo de la *Estadística bibliográfica*, concebido, también, según el mismo plan y criterio que el anterior (7).

Abarca éste, un período menor de años, desde 1860 hasta 1876; sin embargo, la descripción de impresos es mucho mayor, por ser más amplio el desarrollo que había logrado el arte tipográfico en el país, como también, porque Briseño introdujo nuevos apéndices a su obra. Uno de ellos es la "Bibliografía chilena en el país, desde 1812 hasta 1859 inclusive", o sea rectificaciones y adiciones pertenecientes al primer tomo. Muchas de estas adiciones fueron proporcionadas por el bibliófilo argentino Gregorio Béeche, resi-

(7) La descripción completa es, *Estadística bibliográfica de la literatura chilena. Obra compuesta en virtud de encargo especial del Consejo de la Universidad de Chile, por el Secretario de la Facultad de Filosofía i Humanidades de la misma Universidad i Conservador de la Biblioteca Nacional don Ramón Briseño. Tomo segundo, que comprende todas las publicaciones en Chile hechas por la prensa en el espacio de 17 años, contados desde 1860 inclusive hasta 1876 también inclusive. Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1879.*

dente en el país, que poseía una rica colección americanista. Otro apéndice del segundo tomo, continúa la bibliografía extranjera sobre Chile, hasta cerca de la fecha de aparición de éste. Un último y sexto apéndice lo tituló Briseño, "Curiosidades bibliográfico-chilenas, más o menos útiles para la gente estudiosa", que comprendía, entre otros, un catálogo de las publicaciones chilenas que habían obtenido la propiedad literaria, desde 1864 hasta 1876; un índice de los trabajos más importantes aparecidos en los *Anales de la Universidad de Chile*, desde 1843, y un catálogo de las piezas históricas de la *Colección de historiadores de Chile*, hasta el volumen nueve.

Según el cálculo de Luis Montt, Briseño logró colacionar en los dos volúmenes de la *Estadística bibliográfica*, 9,737 publicaciones aparecidas en el país desde 1812 hasta 1876. Nada se puede objetar a esta estimación, si representa o no la realidad bibliográfica chilena, pues todavía la obra de Briseño no ha sido sometida a una revisión a fondo, y ninguna bibliografía retrospectiva chilena, hecha en años posteriores, ha abarcado en conjunto, el período de la *Estadística bibliográfica*.

Hay omisiones, involuntarias seguramente, pues, como se ha visto, Briseño no se impuso ninguna limitación para anotar todo; le interesó que la pieza encontrada fuera un impreso chileno para que tuviera un lugar en su vasto repertorio.

Se le ha criticado a Briseño, con alguna razón seguramente, a veces, de que modificó los títulos de las obras que colacionaba, en contra de la prescripción del acuerdo universitario. El mismo Briseño explica esto en el prólogo del tomo primero: "Siendo demasiado largos algunos de los títulos de las publicaciones chilenas, como no pocas veces sucede, en tal caso he tenido por necesidad que reducirlos a lo más sustancial, pero cuidando de conservar siempre las primeras palabras en el mismo orden en que se hallan en las respectivas portadas, para que así puedan distinguirse bien de otros impresos que tienen un título semejante. Hay además algunos

de éstos que no tienen título ni portada de ninguna clase; en este otro caso he suplido el rótulo que deben llevar, atendido el asunto o la materia de que tratan”.

Otro defecto que va contra los cánones de la bibliografía, pues desfigura la portada de los impresos descritos, es la circunstancia de introducir, cuando se trata de una obra anónima o seudónima, a continuación del título, el nombre del autor, en una misma línea, sin especificar de antemano, si el impreso tiene estas características.

A pesar de estos defectos y de la ejecución caprichosa, que se le ha señalado a la obra de Briseño, se mantiene hasta ahora como fundamental y no ha sido reemplazada. Toda persona que quiera beber en el ancho cauce de la erudición bibliográfica, a través del siglo XIX, debe recurrir necesariamente a esta pródiga fuente (8).

Barros Arana, que mucho sabía de achaques bibliográficos, en la memoria que leyó en 1861, como Secretario general de la Universidad de Chile, expresó lo siguiente: “El Catálogo que ha compuesto el señor Briseño no es un trabajo de simple vanidad nacional o de mera curiosidad. Lejos de eso, los hombres estudiosos encontrarán en él señaladas las fuentes que deben consultar, y preparados los primeros trabajos de investigación. Hoy día, cuando la bibliografía ha sido elevada al rango de verdadera ciencia, un Catálogo razonado, y compuesto como el que actualmente imprime el Consejo de la Universidad, es de una utilidad casi inapreciable, por cuanto facilita considerablemente el trabajo de los que se consagran al estudio de las materias que él comprende” (9).

BARROS ARANA, BIBLIÓGRAFO

Ya se ha visto en el párrafo precedente, la parte que le cupo al autor de la *Historia General de Chile*, en la publicación de la

(8) Sobre Briseño, además de lo señalado en la nota 4, cf. Feliú Cruz, “La bibliografía chilena y D. Ramón Briseño”, en *Atenea* (Universidad de Concepción, 1932), N.ºs 91-92, p. 66-74.

(9) *Anales de la Universidad de Chile* (Santiago, 1861), t. XIX, p. 514-515, reprod., también, en el prólogo del t. II de la *Estadística bibliográfica*.

bibliografía de Briseño, y el interés que demostró en el curso de su elaboración, aplaudiendo sin reserva la utilidad de una obra semejante. La explicación está en que Barros Arana era un bibliógrafo consumado.

Es, sin lugar a dudas, el primero que introdujo en Chile el conocimiento de los principales trabajos de la bibliografía universal; orientó, además, cuando esta ciencia estaba en pañales entre nosotros, los modernos métodos de la bibliografía crítica y erudita, al estilo de los maestros bibliógrafos franceses, españoles, alemanes y anglo-norteamericanos.

Sus mismos estudios de investigación histórica, en especial su magna *Historia General de Chile*, están precedidos y apoyados por el examen de una gran masa de fuentes éditas, útiles para la historia de la nación. Quien recorra y estudie los diversos capítulos de la *Historia* de Barros Arana, encontrará al pie de ellos, o intercaladas en el texto, innumerables citas bibliográficas, que, reunidas en un solo cuerpo, darían por sí solo, una casi completa bibliografía histórica de Chile, desde los orígenes hasta la altura a que alcanza su obra monumental.

Pero, no se concreta sólo a esto el papel de Barros Arana como bibliógrafo. A través de su extensa labor crítica en las revistas y publicaciones especializadas, divulgó cuanto trabajo de importancia aparecía en el campo bibliográfico, e hizo acotaciones eruditas a diversos problemas bibliográficos que interesan a la historia de América.

Varias publicaciones chilenas, como la *Revista del Pacífico*, la *Revista de Santiago*, los *Anales de la Universidad de Chile*, la *Revista Chilena* y otras, recogieron la incansable y extensa labor del erudito y bibliógrafo. La sección que tituló "Revista bibliográfica", en esta última importante publicación, a partir de 1875, representa un modelo en el género por la justeza crítica y los profundos conocimientos bibliográficos del historiador, que dominaba no sólo la

historiografía americana, sino que también no le era desconocida la de otros continentes.

Se pueden señalar, rápidamente, entre sus trabajos de carácter de bibliografía pura, una "Noticia bibliográfica de los poemas a que ha dado origen el descubrimiento del Nuevo Mundo"; un estudio sobre los Cronistas de Indias, con puntualización erudita de sus obras; unos "Apuntes para la historia del arte de imprimir en América", y una "Bibliografía de las obras de don Juan Ignacio Molina" (10).

No desconocía, tampoco, Barros Arana, las obras principales de la bibliografía anglo-norteamericanas y a sus autores, como HARRISSE, SABIN, ALLIBONE, DRAKE, etc., les dedicó repetidas veces agudos y eruditos comentarios (11).

Hay otro exponente, además, del acendrado amor de Barros Arana por las ciencias bibliográficas. Es el trabajo que dió a la publicidad en 1882 y que llamó modestamente, *Notas para una bibliografía de obras anónimas y seudónimas sobre la historia, la geografía y la literatura de América* (12).

Barros Arana hizo este trabajo "en un largo número de años, anotando un nombre de autor desconocido cada vez que en nuestras lecturas hemos podido descubrirlo", como él mismo explica. Lecturas que en Barros Arana eran extensas, pues poseía una valiosa biblioteca, reunida en sus viajes por el extranjero, que felizmente ha sido conservada en su integridad.

Esta obra tenía indudablemente una gran novedad en la bibliografía americana, aunque no en el Viejo Mundo. El mismo Barros

(10) Todos los trabajos dispersos de Barros Arana, de esta especie, han sido recogidos en la edición de sus **Obras completas**, bajo el título de "Estudios históricos-bibliográficos", que ocupan varios volúmenes.

(11) En su biblioteca particular, conservada en la Biblioteca Nacional de Santiago, hemos visto, por ejemplo, la magnífica edición de la *Bibliotheca Americana Vetustissima* de HARRISSE.

(12) Fueron publicadas primero en los *Anales de la Universidad de Chile* (Santiago, 1882), t. LXI, p. 5-171, con tirada aparte. Se encuentran reproducidas en las **Obras completas**, t. VI, p. 371-555.

Arana cita como maestra en el género, el clásico *Dictionnaire des ouvrages anonymes et pseudonymes*, de Barbier.

Obras de esta índole tienen que basarse ciertamente en otras similares. Las *Notas* de Barros Arana están apoyadas en compilaciones bibliográficas de reconocida autoridad, como las de Allibone, HARRISSE, Barbier, Brunet, Leclerc, Ludewig, Querard, Rich, Sabin, Salvá, Ternaux-Compans y otros. "Algunas veces —dice Barros Arana— las he rectificado o completado con observaciones más detenidas; o las he seguido simplemente cuando no merecían reparo alguno. Pero además de esas rectificaciones, que con frecuencia son de alguna importancia, y aun destruyen por completo ciertas indicaciones que se daban como absolutas y definitivas, he podido agregar un número mucho mayor todavía de observaciones bibliográficas enteramente nuevas".

De esta manera, que hemos reseñado muy imperfectamente, Barros Arana despertó entre nosotros la pasión por las ciencias bibliográficas. Pasión que era entrañable en él, y que se manifiesta en todas las actividades de su vasta y laboriosa carrera. Quien lea su correspondencia, especialmente con bibliófilos de otros países, verá que a cada momento salta a los puntos de su pluma este interés, marginado con eruditas acotaciones de la mejor ley.

En este sentido fué, asimismo, un antecesor digno de Medina, y si es permitida la conjetura en este terreno, fuéron sus trabajos bibliográficos, los que estimularon, con seguridad, los comienzos de la labor del autor de *La Imprenta en Lima*.

BIBLIÓFILOS Y CATÁLOGOS

Este espíritu por las cosas que atañían a las ciencias bibliográficas, fuera del impulso dado por hombres estudiosos, la mayoría historiadores, como Barros Arana, Amunátegui, Vicuña Mackenna, se concentraba, también, en el grupo de los bibliófilos. Grupo que en Chile, en esa época, tenía que ser muy reducido por la poca im-

portancia que se daba a la pasión de atesorar libros valiosos o raros. Han quedado en el recuerdo los contados casos de las bibliotecas de Mariano Egaña, de Palma, de Carvallo.

De otra índole que la de éstos, ya más dentro del campo de la bibliofilia, en el verdadero sentido de la palabra, fué el fervor de Gregorio Béeche, de quien nos hemos referido ya por sus acotaciones a la obra de Briseño.

Béeche logró reunir una valiosa biblioteca, compuesta de libros y manuscritos americanos o que trataban sobre estos países, primera entre las de su especialidad en el continente.

Quien desee conocer cómo era aquella famosa colección particular, que ahora no existe, pues fué desgraciadamente dispersada, debe consultar el Catálogo de ella, hecho por Vicuña Mackenna, en 1879. Catálogo que, aunque no sujeto a normas bibliográficas muy estrictas, es un valioso arsenal de informaciones sobre las fuentes de la historia americana desde sus orígenes (13).

A otro extranjero, el notable historiador, sociólogo y bibliógrafo boliviano, Gabriel René-Moreno (1836-1908), que se estableció en Chile desde 1865, se le deben completas y eruditas bibliografías relativas a Bolivia y Perú, que inciden, asimismo, en la bibliografía chilena.

René-Moreno poseía en esos años, una de las mejores colecciones de impresos bolivianos, que dió a conocer en 1879, en su *Biblioteca Boliviana*. Años antes, en 1874, había adelantado un folleto so-

(13) *Biblioteca Americana. Estudios y catálogo completo i razonado de la Biblioteca Americana coleccionada por el señor Gregorio Béeche. Por B. Vicuña Mackenna. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1879.*

Béeche era un comerciante argentino, que se radicó en Valparaíso en 1841. Desempeñó el cargo de cónsul en Chile por muchos años. Sobre su vida y su pasión por la bibliofilia, en especial sus relaciones con los historiadores chilenos y bibliófilos de Argentina, consúltese el hermoso libro de Rafael Alberto Arrieta, *Don Gregorio Béeche y los bibliófilos americanistas de Chile y del Plata*. Universidad de La Plata, Biblioteca Humanidades, 1941.

bre la misma materia, titulado, *Proyecto de una estadística bibliográfica de la tipografía boliviana*.

Fué nombrado en 1888, Director de la más rica biblioteca americana del país, en ese entonces, engrosada con la colección de Béeche, perteneciente al Instituto Nacional de Santiago. En 1896 publicó el catálogo del fondo de libros y folletos peruanos, que poseía este establecimiento, con el nombre de *Biblioteca Peruana*, en que se colacionan 1,816 piezas, con toda clase de detalles bibliográficos y eruditos comentarios en su peculiar lenguaje. En el mismo año agregó un tomo más a su *Biblioteca Peruana*, con la descripción de los libros y folletos de ese país, que guardaba la Biblioteca Nacional de Santiago (14).

Como coronación de este período finisecular de la bibliografía chilena, hay que señalar la aparición del *Anuario de la prensa chilena*, debido a la iniciativa del Director de la Biblioteca Nacional de Santiago, el notable bibliógrafo Luis Montt.

Dicha publicación abarca, a través de sus varios volúmenes, desde 1886 hasta 1916, y registra los libros, folletos y periódicos ingresados a ese establecimiento, como asimismo la inscripción de la propiedad literaria.

Para cerrar la brecha que existía entre esta publicación y la *Estadística bibliográfica* de Briseño, el mismo señor Montt encargó al funcionario de la Biblioteca Nacional, don Luis Toro Melo, la formación del *Catálogo de los impresos que vieron la luz pública¹ en Chile desde 1877 hasta 1885 inclusive*, que debió aparecer en

(14) En estos últimos años se han publicado varios esbozos y monografías, de carácter reivindicatorio sobre René-Moreno, cuya notable labor de escritor y bibliógrafo estaba algo olvidada. Cf. Enrique Finot, *Historia de la literatura boliviana* (México, 1943), p. 212-223.

En Chile, donde se le considera incorporado a la historia de la bibliografía nacional, se le ha dedicado, en varias ocasiones, diversos artículos. Cf., por ejemplo, Amunátegui Solar, "Recuerdos de un bibliotecario, Don G. R.-M" en *Boletín de la Biblioteca Nacional* (Santiago, marzo de 1932) y Feliú Cruz, "Bibliografía de los libros, folletos y artículos de revistas publicadas por don G. R.-M", *ibid.*, mayo de 1930.

1893. Sin embargo, dicha obra se puede considerar como inédita, pues muy escasísimos ejemplares se salvaron del incendio que consumió la imprenta donde se imprimía. Por lo demás, el Catálogo de Toro Melo, peca de abundantes omisiones, por lo cual no trasunta en realidad la producción impresa de ese período.

Con estas muestras que hemos reseñado, aparecidas en el transcurso del siglo XIX, quedaba establecida, en sus fundamentos principales, la base de nuestra bibliografía de carácter general. A los bibliógrafos posteriores les tocó erigir y continuar en diversas monografías, los instrumentos de la bibliografía especializada, auxiliar indispensable, como la primera, de la investigación histórica, científica y humanística.

Y a Medina, que renueva, perfecciona e introduce la escuela crítica y erudita en la bibliografía chilena, en grado máximo, con la contribución de sus monumentales repertorios, le toca enlazar estos aportes para aplicarlos en un campo vastísimo, que comprendería todo el sector americanista.

II

LA OBRA BIBLIOGRAFICA DE MEDINA

COMIENZOS DE UNA LABOR BIBLIOGRÁFICA

Dentro de la fecunda y multiforme labor de don José Toribio Medina, hay dos sectores de actividad bien específicos: la del historiador y la del bibliógrafo. Muchas veces no se sabe claramente cuándo termina uno y comienza otro. En varias de sus obras, estos dos campos se interfieren y se compenentran, prestándose mutuo apoyo.

En Medina se manifiesta en forma ejemplar y viva la importancia y utilidad de la Bibliografía como auxiliar de las investigaciones

históricas. El método y la escuela historiográfica del autor de *La Inquisición en Lima*, fervoroso y fanático de la verdad, a través del documento fidedigno, encontró en las ingentes tareas del bibliógrafo y del exhumador de archivos, el complemento ideal y esencial para indagar esa verdad, por medio del examen y de la crítica de los textos, en todas sus fases.

No es esta la ocasión para hacer un estudio del historiador, que por lo demás ha sido afrontado ya en diversos trabajos, y seguramente muchos otros se irán agregando a los que examinen esta parte de su labor. Intentaremos hacer, por el contrario, un corte dentro de la personalidad de Medina, para considerarlo específicamente como cultor consumado de la bibliografía crítica moderna, y para estudiar su inmensa contribución a la investigación histórica americanista, apoyada en aquélla.

Sería interesante conocer, en forma precisa, los orígenes de la afición de Medina por la Bibliografía e investigar las causas que le llevaron a interesarse por estos estudios. ¿Podrá determinarse de qué manera nació en él el amor por la búsqueda y el examen de los libros valiosos o raros relativos al pasado de América? Las primeras etapas de este proceso dentro de la formación cultural de Medina, no están todavía bien aclaradas.

En cuanto a los estudios de Medina relacionados con la antropología, la etnografía y las ciencias naturales, es sabido que ellos precedieron y acapararon en su juventud, a los propiamente históricos, que pertenecerían a una segunda etapa. Su iniciación en los estudios sobre la historia nacional, a lo cual le llevaba, seguramente, una irresistible vocación, acentuada por la lectura directa de nuestros primeros anales y crónicas, para fundamentar aquellos trabajos científicos, vocación influenciada, además, por sus maestros historiadores, especialmente Barros Arana, le condujo a una tercera etapa: la recopilación, por su propia cuenta, de las fuentes de primera mano, tanto manuscritas como impresas. Había nacido así el bibliógrafo.

Una de las causas más cercanas, también, al despertar de su afición, en esa temprana época de su vida, por los estudios históricos, habría que buscarla, indudablemente, en el contacto, durante su primer viaje por el extranjero, con los medios y los hombres eruditos de su tiempo, que le tocó frecuentar. Entre éstos se contaron algunos afamados bibliógrafos. En Lima conoció a Ricardo Palma, a Francisco de Paula González y a Mendiburu, entre otros. Pero, donde sus aficiones bibliográficas irían a encontrar terreno propicio, sería en el Viejo Mundo, durante los años de 1876 y 1877, cuando recorre y frecuenta los más famosos archivos y bibliotecas y traba relaciones personales con eruditos y bibliógrafos de nota, conocidos ya por él, a través de las publicaciones de Barros Arana, de quien, según hemos conjeturado en la primera parte de este trabajo, recibió la más poderosa influencia para sus primeros trabajos bibliográficos.

En sus visitas de estudio al Museo Británico, conoce a don Pascual de Gayangos, que formaba el catálogo de manuscritos españoles, y que le da el derrotero de más de alguna obra relativa a la conquista de Chile.

Al mismo tiempo, empieza a adquirir las principales piezas bibliográficas, que irían a formar más tarde su famosa biblioteca, en especial las que tenían relación con el pasado colonial de Chile, las cuales, conjuntamente con los apuntes obtenidos en esos centros eruditos, compondrían el material documental de una obra que preparaba, para presentarla al concurso abierto en ese entonces, por la Universidad de Chile, sobre nuestra literatura colonial.

Premiada esa obra por la Facultad de Filosofía y Humanidades, apareció en 1878, en tres tomos, bajo el nombre de *Historia de la literatura colonial de Chile*, libro fundamental hasta ahora, por su gran caudal de investigaciones sobre la vida y la obra de muchos escritores, tanto hispanos como naturales de Chile. Ahí aparecen dedicados a Ercilla y su poema varios capítulos, tema que más tarde completaría magistralmente en otra de sus obras. Valiosos son tam-

bién los que se refieren a Pedro de Oña, nuestro primer poeta de la Colonia, y los que versan sobre cronistas, historiadores y otros personajes menores de las letras de esa época.

Aunque no puede considerarse esta obra como de carácter bibliográfico, en forma estricta, representa, sin embargo, un antecedente de los trabajos de esta especie, propiamente tales, de Medina; no por su estructura, pues se trata la materia de que versa en forma expositiva y orgánica, sino porque puede asimilarse a obras de aquel carácter por el acopio y el caudal de notas bibliográficas que acompañan a los autores estudiados. Estas notas están reunidas, además, al final del tercer tomo, entre las páginas 113 y 146 en un "Índice de los libros y autores cuya vida y escritos se examinan en esta obra", que acusa ya un indicio más claro de bibliografía, con la descripción, más o menos minuciosa, de 340 obras, entre manuscritas e impresas. Se indica, además, la biblioteca, ya sea chilena o extranjera, donde se encuentra la obra, en muchos casos, y en otros, la fuente documental que la contiene.

Diez años más tarde, cuando Medina había publicado ya algunas de sus obras más célebres, como *Los Aborígenes de Chile* y la dedicada a la Inquisición en Lima, aparece la primera bibliografía propiamente tal que elaborara. Se trata de la *Bibliotheca Americana. Catálogo breve de mi colección de libros relativos a la América latina, con un ensayo de bibliografía de Chile durante el período colonial*, que lleva como pie de imprenta: Santiago de Chile. Typis Authoris. MDCCCLXXXVIII, lo cual indica que esta es, también, la primera obra salida de la imprenta que poseía Medina, y que más tarde llamó Elzeviriana.

"Con la publicación del presente catálogo —expresa el autor— sólo persigo el propósito de guardar memoria de los libros relativos a las antiguas colonias hispanoamericanas que con paciente labor de no pocos años he logrado acopiar. Tal es la razón por que no se encuentran anotadas respecto de muchas obras aquellas indicaciones que es corriente de ordinario estampar".

“Después de ordenar mis notas —agrega Medina— hallé, sin embargo, que las pertenecientes a mi país, por lo que al período colonial se referían, constituían un caudal bastante considerable para que abandonando mi primer propósito, pensase en completar la parte chilena con aquellos títulos de que en el curso de mis investigaciones en diversas bibliotecas y archivos, tanto del antiguo como del Nuevo Mundo, había conservado apuntes”.

Los libros que formaban la colección particular de Medina, y que llevan numeración correlativa en cada asiento bibliográfico, alcanzan a la cantidad de 2,928 títulos, que sumados a los 435, sin numerar, pertenecientes al segundo grupo, es decir a la bibliografía colonial de Chile, dan un total de 3,363 descripciones.

Entre éstas se destacan las dedicadas a 34 ediciones de *La Araucana*.

Aunque de breve formato y compuesto con pequeños tipos, este libro acusa ya la ordenada disposición bibliográfica que luciría más tarde toda la obra del polígrafo. La portada es a dos tintas y lleva viñetas de adorno. Se tiraron 90 ejemplares en papel corriente y de lujo.

CLASIFICACIÓN DE LA OBRA BIBLIOGRÁFICA DE MEDINA

Ha sido un arduo problema para los comentaristas de Medina, el abrirse paso dentro de la enorme y variada masa de su producción y la ordenación de ella en un todo sistemático para su estudio. Este trabajo preliminar se ha cumplido hasta aquí, en parte, por las bibliografías de sus obras, que se han hecho, y por las clasificaciones de la misma, que se han intentado, para esquematizarla y agruparla según las especialidades que abarcó el historiador chileno.

Existen ya diversas bibliografías de Medina, como las de Pedro S. Zulen, peruano, de Sarah Elizabeth Roberts, norteamericana, y las aparecidas en Chile, pertenecientes a Chiappa y a Feliú Cruz. Estas dos últimas pueden considerarse casi completas y definitivas y

sobre ellas se han basado los anteriores ensayos bibliográficos; son, en suma, de consulta obligada para todo el que intente el estudio de la producción intelectual de Medina (15).

Diversas son, también, las clasificaciones a que ha dado lugar esta copiosa obra, como las de Carbia, Armando Donoso, Emilio Vaisse y Feliú Cruz, en que se agrupan las obras o por sus características formales o por el campo histórico o temático que abrazan (16).

Al revisar cualquiera de estas clasificaciones, se verá de inmediato que son los trabajos bibliográficos, los que más abundan en la inmensa labor de Medina. La clasificación de Feliú Cruz, por ejemplo, anota 55 bibliografías.

Hacíamos notar al comienzo, la dificultad que hay a veces, para delimitar el campo preciso en la labor histórico-bibliográfica de Medina. Muchas obras de carácter puramente histórico, tienen exten-

(15) La bibliografía de Zulen se encuentra en el *Boletín bibliográfico de la Universidad Mayor de San Marcos* (Lima, abril de 1924), p. 95-101.

Sarah E. Roberts en la obra sobre Medina, de que es autora, elaboró tres bibliografías: una por títulos de los trabajos de Medina; otra por autores de las obras editadas por éste, y una tercera, de materias, que es al mismo tiempo una clasificación. Cf. *José Toribio Medina. His life and works* (New York, 1941), p. 117-187.

La bibliografía de Víctor M. Chiappa, tomó forma definitiva después de dos publicaciones en 1907 y 1914, en el "Catálogo de las publicaciones de don José Toribio Medina, 1873-1914", publicado en la *Revista Chilena de Historia y Geografía* (1923), t. XLVII, número de homenaje a Medina con motivo de cumplir 50 años de labor. Comprende 226 títulos. En el mismo número de la revista, Guillermo Feliú Cruz publicó la "Continuación de la bibliografía de D. Víctor M. Chiappa", que prosigue con la colocación de las obras, desde el N.º 227 hasta el 307, es decir hasta 1924. Tanto de este número extraordinario de la revista, como de la bibliografía combinada Chiappa-Feliú Cruz, existen separatas aparecidas en 1924.

Ambos trabajos bibliográficos fueron publicados nuevamente en el *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas* (Buenos Aires, 1931), con una bibliografía complementaria hecha por Feliú Cruz, que abarca los N.ºs 308 a 408, que colaciona las obras de Medina hasta 1930, año de su muerte, con las póstumas. De este último trabajo de Feliú Cruz, el mismo Instituto editó un apartado con el título *Bibliografía de don José Toribio Medina. Notas críticas*. Buenos Aires, 1931.

(16) Sarah E. Roberts, *op. cit.*, p. 66-67.

sos prólogos o apéndices bibliográficos, y en muchos casos las notas de esta especie son tan abundantes en el mismo texto, que constituyen otras tantas espléndidas bibliografías sobre un asunto determinado. Tal es el caso, por ejemplo, de los escolios bibliográficos que se encuentran en su edición monumental de *La Araucana*.

Adoptando un criterio amplio, hemos considerado como obra bibliográfica, para los efectos de este trabajo, en primer lugar, aquellas que tienen este carácter definido, como las dedicadas a las Imprentas, su *Biblioteca Hispano-americana e Hispano-chilena* y todas las que Medina hizo con esta intención explícita y que se identifican por el nombre de "bibliografías" o por la disposición de la materia, según las cánones de esta ciencia. En segundo lugar, hemos incluido aquellas que, fuera de historiar una institución, un asunto o un personaje en particular, tienen extensas acotaciones bibliográficas, aunque en el ánimo del autor no estuvo el hacer precisamente obra de esta especie. En este caso se encuentra el ejemplo citado de la edición del poema de Ercilla y los libros dedicados a los grandes navegantes, como Solís, Magallanes, Caboto, donde se interpolan eruditos y extensos apéndices bibliográficos. Igualmente se encuentran consideradas dentro de la producción bibliográfica de Medina aquellas reimpresiones que dedicó a algunos incunables u obras raras americanas, que van acompañadas de acuciosos prólogos en que se analiza la historia y las particularidades bibliográficas del impreso que más adelante se edita.

Para el estudio ordenado de la obra bibliográfica de Medina, la hemos clasificado, por nuestra parte, en cuatro grandes grupos y subdivisiones.

El primero, que podría llamarse Bibliografía general, se subdivide en Bibliografía hispanoamericana, Bibliografía hispanochilena y Bibliografía hispanofilipina, en que encuentran cabida sus grandes repertorios generales llamados *Bibliotecas*.

El segundo grupo comprende la Bibliografía de las Imprentas en América y Filipinas.

El tercer grupo abarca la Bibliografía especial, que se subdivide en Bibliografía de obras raras americanas; Bibliografía de los descubrimientos geográficos; Bibliografía lingüística americana; Bibliografía literaria; Bibliografía de obras anónimas y seudónimas y de traducciones; Bibliografía numismática; Bibliografía biográfica.

El cuarto y último grupo comprende los catálogos de sus obras hechos por Medina (17).

BIBLIOGRAFÍA HISPANOAMERICANA

La preocupación por reunir relaciones escritas sobre los países de América, arranca desde muy antiguo, casi cercanamente a la época del descubrimiento y de los primeros viajes.

Al crearse la crónica mayor de Indias, en 1571, y proveerse al cargo de cronista, se dan instrucciones a las autoridades de América para que averigüen cuanto se hubiere escrito, como ser crónicas, memoriales, relaciones, etc., referentes a las cosas del mundo recién descubierto. Esta tarea da fruto, si no específicamente bibliográfico, en las obras de los cronistas de Indias, que incorporaron a ellas la enumeración de autores útiles para la comprensión del asunto, en escuetas listas, sin orden alguno, como se ve, por ejemplo, en las *Décadas* de Antonio de Herrera.

Pero como tal, la bibliografía americanista aparece en los primeros años del siglo XVII, más exactamente en 1629, cuando se publica en Madrid el *Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental, Náutica y Geográfica*, de Antonio de León Pinelo.

Se ha considerado esta obra como el primer repertorio indepen-

(17) En el análisis de los trabajos que comprende esta clasificación, nos hemos detenido más bien en las circunstancias en que vieron la luz, en sus particularidades bibliográficas y en el contenido de sus materiales, en forma general, a manera de exploración preliminar, todavía no efectuada en toda la profundidad que exige la obra de esta especie de Medina. En este sentido, en muchos casos, se dan por vía de nota, las adiciones y rectificaciones que se han hecho a su obra bibliográfica, sobre todo en el extranjero, en especial a sus Imprentas.

diente de libros y manuscritos que se refieren al Nuevo Mundo, y su autor ha sido llamado el “padre de la bibliografía americanista”.

León Pinelo, cuya fama ha trascendido hasta hoy y aún despierta interés su biografía, que esconde más de algún enigma, nació en Lisboa, de padres portugueses, de origen judío, “probablemente en los comienzos de la última década del siglo XVI”, según apunta Medina.

En 1595 pasó a Valladolid, junto con su familia, para escapar de las garras de la Inquisición. A fines de 1604, con su madre y su hermano mayor, Juan, también de renombre más tarde, emigró a Buenos Aires, donde se había establecido su padre para dedicarse al comercio. Más tarde se trasladaron los dos hermanos y el padre a Chuquisaca, para estudiar en esa Universidad. Alrededor de 1612, los dos hermanos Pinelo se dirigieron a Lima. A fines de 1617, don Antonio era bachiller y profesor de los “derechos pontificio y cesáreo” en la Universidad de San Marcos. En 1618 se recibió de abogado de la Real Audiencia de esa ciudad. Después pasó a Oruro, como corregidor y alcalde mayor de minas, y más tarde ocupó el cargo de asesor en Potosí.

No se sabe la fecha exacta en que volvió a España, a instancias de su padre, seguramente para alejarlo de la Inquisición limeña, como cree Medina. Uno de los propósitos que llevaba, al regresar, era el de completar los estudios que había emprendido sobre la recopilación de las Leyes de Indias. De estas investigaciones, que llevó a cabo en España, resultaron diversas obras relacionadas con cuestiones legales y económicas indianas.

Al fin de su vida ocupó el cargo, que tanto ansió, de cronista de Indias. Fué amigo de los más grandes ingenios de la Corte, como el mexicano Juan Ruiz de Alarcón y Lope de Vega. Murió en esa ciudad en 1660.

Su fama se basa, ante todo, en la gran pasión por coleccionar libros referentes a cosas de América, acumulados en una biblioteca riquísima, famosa en su tiempo, que le sirvió para establecer un

gran catálogo, desgraciadamente perdido, “de cuya máquina —como él mismo dice— que no es pequeña”, sacó el *Epítome*, ya citado.

Consta este libro de cuatro partes, como lo expresa su título. La que interesa a América es la “Biblioteca Occidental”, dividida en 27 grandes secciones, en que se agrupan las obras por regiones y por temas. “En cuanto a su plan y distribución —expresa Luis Aznar— el repertorio de León Pinelo está por encima de todo cuanto hasta entonces se había hecho en materia de bibliografía y no tiene nada que envidiar a lo que se hizo después y aun se hace en nuestros días. La organización del *Epítome* revela, ante todo, un conocedor directo y minucioso del medio americano; luego la vasta y penetrante mirada de un historiador que ordena sus materiales en vista de una obra de proyecciones exhaustivas”.

Por lo que se refiere a la “técnica” empleada por el erudito coleccionista, se acerca bastante a las bibliografías modernas: de los autores da el nombre propio y después el apellido, como antes se usaba, completos; traduce textualmente el título, si es breve, y en caso contrario, resumido, indicando la lengua original; anota si la obra está manuscrita o impresa, expresando en el primer caso, dónde se guarda, y en el segundo, el lugar, año de impresión y el formato. Además, agrega a cada descripción, comentarios propios o ajenos, sobre los autores y las obras, tal como acostumbra actualmente la bibliografía razonada y crítica (18).

En el mismo siglo XVII la bibliografía española logró gran es-

(18) Sobre León Pinelo existe abundante bibliografía. Medina aportó, por primera vez, datos completamente desconocidos de la vida de este célebre escritor en su *Biblioteca Hispano-Americana*, VI y VII. Datos más recientes sobre su vida y obra se encuentran, también, en B. Lewin, *Los León Pinelo. La ilustre familia marrana del siglo XVII ligada a la historia de la Argentina, Perú, América y España*. Buenos Aires, Sociedad Hebraica Argentina, 1942; Luis Aznar, “Precursores de la bibliografía histórica americanista”, en *Humanidades* (Univ. Nacional de La Plata, 1940), t. XXVIII, p. 263-315; Diego Luis Molinari, Prólogo a la edición facsimilar del *Epítome*, colección de “Bibliófilos argentinos”. Buenos Aires, s. f.; José Torre Revello, *Los maestros de la bibliografía en América*. Buenos Aires, Supl. de “Anales Gráficos”, 1941.

plendor. Se destaca, como el más notable, Nicolás Antonio, natural de Sevilla, nacido en 1617. Durante su residencia en Roma, como Embajador de España y del Reino de las dos Sicilias y representante de la Inquisición, publicó en 1672, su famosa *Bibliotheca Hispana Nova*, redactada en latín, que comprende todos los autores ibéricos —españoles y portugueses— aparecidos desde 1500 hasta 1670. El proyecto primitivo que comprendía también, la *Bibliotheca Hispana Vetus*, que se refiere al período anterior a 1500, se publicó después de la muerte del autor, en 1684. Las dos partes aparecieron juntas, en la edición que se considera definitiva, en los años 1783-1788, impresa en Madrid, compuesta de dos volúmenes.

La parte americana de la *Bibliotheca* de Nicolás Antonio está incorporada al conjunto general, sin diferenciación, donde se dan “noticias de muchísimos autores americanos, en el sentido más lato de la palabra... Revélase en ella el autor como hombre eruditísimo y escrupuloso en las noticias”. (Medina). Había además en Antonio un humanista, por lo cual su obra representa un panorama intelectual de la época que ella abarca.

Secundando a estos bibliógrafos y a otros menores, aparecen, también, en este siglo, los repertorios bibliográficos, compuestos por escritores de las diferentes órdenes religiosas establecidas en América. A un jesuita se debe la primera bibliografía de esta especie, cual es el *Catálogo de escritores jesuitas*, redactado en latín, por el padre Ribadeneyra y publicado en 1608 en Amberes.

Esta clase de bibliógrafos continúa en los siglos siguientes y su contribución es valiosa y abundante para la bibliografía americanista.

En el siglo XVIII se incorpora a ésta, el Portugal. Se destaca la *Bibliotheca Lusitana* de Barbosa Machado, cuyo primer volumen se publicó en Lisboa el año 1741. Como es de suponerlo, anota Medina, se refiere casi en su totalidad a obras portuguesas, pero se ocupa cuando se ofrece la ocasión, de autores que interesan a América, especialmente al Brasil.

Sin embargo, la obra más importante en esta materia, aparecida en este siglo, es la continuación y ampliación que hizo Andrés González de Barcia, del *Epítome* de León Pinelo.

González de Barcia, como su antecesor ilustre, era un coleccionista infatigable de libros que atañían a América. Su biblioteca le sirvió de base para adicionar abundantemente el nuevo *Epítome*, que apareció en Madrid en 1737-38, en tres grandes volúmenes. A pesar del trabajo y esfuerzo originales del adicionador, éste modestamente escondió su nombre en la portada. Sin embargo, se conoce hasta hoy esta edición del *Epítome* con el nombre de Pinelo-Barcia.

Barcia mantuvo en todo rigurosamente el plan de León Pinelo y debido a los numerosísimos títulos nuevos tuvo que insertar varios Apéndices, que entorpece la consulta de la obra. A pesar de este defecto y de varios lunares que contiene, esta obra prestó a los bibliógrafos posteriores señalados servicios y continuamente se ven citadas sus referencias en los repertorios más modernos.

A mediados del siglo XVIII se hacen presente manifestaciones no hispánicas de la bibliografía americanista. Ya hemos visto la aparición de la obra del portugués Barbosa Machado.

Un alto exponente de la bibliografía de este sector, es el sacerdote mexicano Juan José Eguiara y Eguren (1706-1763), autor de la *Bibliotheca Mexicana*, aparecida en 1755, de la que se publicó sólo el tomo I, hasta la letra C. Como su título lo indica, la obra de Eguiara abarca únicamente los escritores nacidos en Nueva España. Redactada en latín, en tono apologético e hinchado, y desprovista de un plan más o menos ordenado, circunstancias que le restan mérito y utilidad práctica.

Otro mexicano, José Mariano Beristain de Sousa (1756-1817), que por su obra pertenece más bien al siglo siguiente, continuó la empresa de su paisano con la *Biblioteca Hispano-Americana Sep-*

tentrional, publicada en su totalidad después de la muerte del autor, entre los años 1816-1821, en tres tomos (19).

Esta obra mejora, con mucho, la anterior. Ordena alfabéticamente los apellidos y no los nombres. Por el vastísimo caudal de noticias que contiene es de indispensable consulta para el bibliógrafo americano, como lo reconoce don José Toribio Medina.

Con el siglo XIX comienza realmente, la mayoría de edad de la bibliografía americanista. Se perfeccionan sus métodos y se generalizan los aportes de otros sectores europeos en valiosas contribuciones. En este siglo los repertorios universales prestan destacada atención a las cosas americanas.

En España florece la bibliografía en el nombre del notable escritor y erudito Bartolomé José Gallardo (1776-1852), autor del *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos* que, pese a su índole, contiene noticias no despreciables sobre obras de escritores americanos.

Importantes son también los datos bibliográficos sobre América que se encuentran en el *Catálogo de la Biblioteca Salvá* (1872); en la *Biblioteca marítima española* (1851) de Fernández de Navarrete; en la *Bibliografía española de lenguas indígenas de América* (1892) del Conde de la Viñaza; en la *Historia bibliográfica de la medicina española* (1842-1852) de Antonio Hernández; en la *Bibliografía numismática española* (1866) de Rada y Delgado, etc.

Igualmente de utilidad para la bibliografía americana son algunas obras españolas de bibliografía regional o sobre el desarrollo de la imprenta en la Península, como la *Biblioteca Valenciana* (1827) de Justo Pastor; la *Biblioteca nueva de escritores aragoneses* (1798-1802) de Latassa; la *Biblioteca del Bascófilo* (1887) de Allende Salazar; la *Bibliografía madrileña* (1891-1907), *La Imprenta en Medina del Campo* (1895) y *La Imprenta en Toledo* (1887) de Pérez

(19) De la Biblioteca de Beristain se hizo una segunda edición en 1883, 3 volúmenes. En 1897, Medina publicó un cuarto tomo, que comprende los anónimos que dejó escritos el bibliógrafo mexicano, con un estudio bio-bibliográfico de éste.

Pastor; la *Tipografía Hispalense* (1894) de Escudero y Peroso, y muchas otras (20).

Fuera de España se pueden señalar, también, en este siglo, diversos bibliógrafos que se ocuparon de América. En Francia aparece en 1837 la *Bibliothèque Américaine* de Henry Ternaux-Compans, que cataloga las obras escritas en cualquier idioma relativas a América, aparecidas desde el descubrimiento hasta 1700. Contiene, según Medina, serios descuidos y está plagada de errores. Superior es la *Bibliotheca Americana* de Charles Leclerc, publicada en 1878, compuesta de más de tres mil títulos referentes en su totalidad a la historia y a la lingüística americana.

El sector anglo-sajón contribuye con diversas aportaciones americanistas, en este campo, sobre todo provenientes de librerías. Famosos son los catálogos de Obadiah Rich, de Londres, y en especial su *Bibliotheca Americana Nova* (1835-1846) y los catálogos de Quaritch.

De un carácter más técnico son *A Dictionary of books relating to America* (New York, 1866-1881) de Joseph Sahin; la recopilación bibliográfica relativa al Nuevo Mundo titulada *Historical Nuggets* (Londres, 1861) de H. Stevens; el Catálogo de libros relativos a América del Norte y del Sur de la Biblioteca de John Carter Brown en Estados Unidos (1866), etc.

Pero, el verdadero fundador de la bibliografía americanista moderna es el ilustre Henry Harrisse (1830-1910), escritor, erudito, geógrafo, historiador, egiptólogo, abogado y, por sobre todo, americanista y bibliógrafo eminente.

(20) Sobre la bibliografía española existen diversas fuentes informativas. Para el período que queda reseñado arriba, además de la *Biblioteca Hisp.-Amer.*, VI, de Medina y Luis Aznar, op. cit., cf., Menéndez y Pelayo, *La ciencia española* (Buenos Aires, Emecé, 1947), I: "De re bibliographica", pp. 77-112 y B. Sánchez Alonso, *Fuentes de la historia española e hispanoamericana*. 2.^a ed. Madrid, 1927 y Apéndice, Madrid, 1946.

Una obra notable, por muchos conceptos es, también, la de R. Foulché-Delbosc y L. Barrau-Dihigo, *Manuel de l'Hispanisant*. New York, 1920-1925. 2 vols.

Harrisse nació en París, de padre ruso y madre francesa. Se naturalizó ciudadano norteamericano y por muchos años practicó la abogacía en New York. Antes de dedicarse a la bibliografía hizo incursiones en la crítica artística.

En New York entró en relaciones con el famoso coleccionista de obras americanas, Mr. Barlow. Al acometer la revisión de esta rica mina, fué interesándose más y más por el estudio del descubrimiento, la conquista y la historia de América hasta mediados del siglo XVI. Las valiosas y raras obras de esta colección le indujeron a tomar nota de ellas y describirlas esmeradamente. De este trabajo salió, en primer lugar, el libro *Notes on Columbus* (1866), personaje a quien le dedicaría más tarde diversas valiosas contribuciones, lo mismo que a otros navegantes de los siglos XV y XVI.

Mas, la obra fundamental de sus pesquisas bibliográficas citadas y en la cual se basa su fama en este campo, es la célebre *Bibliotheca Americana Vetustissima. A description of works relating to America, published between 1492 and 1551*, publicada en New York en 1866 con todo lujo tipográfico. Fué seguida más tarde, en 1872, por las *Additions*, aparecidas en París.

La obra de Harrisse inaugura la bibliografía crítica y erudita. La introducción que precede al aparato bibliográfico, es digna de nota porque se establecen, por primera vez, algunos conceptos de los cuales arranca toda la moderna bibliografía y se hace una breve historia de los bibliógrafos americanistas anteriores.

La técnica de Harrisse se basa, primeramente, en la transcripción exacta de todas las particularidades bibliográficas del impreso: "The work should be described with extreme minuteness and accuracy. The title of a book frequently conveys the a preliminary information required; but if the title is truncated in the description or imperfectly abridged, it is apt to become a vehicle of error. It is also necessary to give the colophon, as it shows when the book

was really published or completed, while, at times, we can find in no other part of the volume what is called the imprint" (21).

En segundo lugar, para HARRISSE la bibliografía no consiste sólo en una descarnada sucesión de títulos, por más prolijos que ellos sean. Deben seguirse éstos por la crítica y la historia interna de los mismos y si se trata de una bibliografía americana, como era la suya, debe examinarse el espacio geográfico y el marco histórico que esos documentos representan.

Sobre los autores de las obras que comprende una bibliografía, HARRISSE exige un estudio particular: "It is necessary, therefore, to study his personal history as well as that of his epoch, and of the social center in which he lived" (22).

Además, HARRISSE expresa que debe indicarse el lugar o depósito donde se conserva la pieza bibliográfica, como asimismo las autoridades que anteriormente la han estudiado o citado en sus trabajos.

En la primera parte de la *Bibliotheca Americana Vetustissima* se reúnen 304 títulos de obras relativas a América o que contienen referencias generales, impresas en cualquier país y en cualquier idioma, durante los años 1492 y 1551. Las piezas más antiguas que contiene son por lo tanto las primeras ediciones de las Cartas de Colón.

En cuanto a la parte gráfica la adornan numerosos facsímiles, lo cual era algo inusitado en ese tiempo.

En las *Additions* se describen 186 piezas más, descubiertas por HARRISSE en bibliotecas italianas y españolas, especialmente en la famosa Biblioteca Colombina de Sevilla, que perteneció a Hernando Colón, el hijo natural del Descubridor.

Un biógrafo de HARRISSE señala que esta obra es "de hecho una historia, sin la cual ningún futuro historiador americano podrá des-

(21) *Bibl. Amer. Vetust.*, p. XLIX.

(22) *Ibid.*, p. L.

empeñar con eficacia su tarea. Mejor dicho, es una enciclopedia de hechos relativos a la primitiva historia de América”.

Medina por su parte expresa: “Bien es cierto que las apariencias de la obra apenas si correspondían a la labor minuciosa, a la prolijidad de las descripciones, a lo profundo de la investigación, a la ciencia que en cada una de sus páginas derrama a manos llenas su autor” (23).

Toca, ahora, ocuparnos de Medina que en este aspecto de su contribución a la bibliografía americanista, marcha a la cabeza entre todos.

La obra que abarca de una manera general la bibliografía colonial de la América hispana es la monumental *Biblioteca Hispano-Americana (1493-1810)*, dada a la publicidad entre los años 1898 y 1907, compuesta de 7 grandes volúmenes.

En ella se propuso el bibliógrafo chileno hacer la bibliografía española de América. Sus mismas palabras explicarán mejor el alcance de esta magna obra: “Como punto terminal nos hemos fijado en el año 1810, que marca el comienzo del gran movimiento insurreccional de las antiguas colonias españolas de América...”

“Y en cuanto a los extremos que hemos contemplado dentro de esos esos años creemos que hay dos que desde luego pueden admitirse.

Primero: Libros publicados por americanos o españoles que vi-

(23) La *Bibliotheca Americana Vetustissima* fué reimpressa en Leipzig en 1921.

El bibliógrafo español Zarco del Valle tradujo una parte, la relativa a las obras impresas en América desde 1540 hasta 1600, con algunas notas, que se publicó en Madrid en 1872.

Sobre HARRISSE hay abundante bibliografía. Además del estudio de Medina y de otros, citados en la nota 18, cf. A. Growoll, *Harrisse; biographical and bibliographical sketch*. New York, 1899; J. H. Vignaud, *Henry Harrisse; étude bibliographique et morale, avec la bibliographie critique de ses écrits*, etc. París, 1912; H. Cordier, *Henry Harrisse, 1830-1910*. Chartres, s. f.; N. Binayán, *Henry Harrisse. Ensayo bio-bibliográfico*. Buenos Aires, 1923; E. Orrego Vicuña, *Medina y Harrisse*. Santiago, 1924.

vieron en América y que no tratan de una manera directa de las cosas de nuestro continente.

Esta sección es sin duda una de las más difíciles de completar, como que no puede establecerse por el simple título de las obras y exige conocimiento cabal de la vida de los autores.

Y que cabe y debe comprenderse dentro de la bibliografía americana, creemos que es indiscutible, pues contribuye de una manera directa a señalar la producción intelectual de los pueblos del Nuevo Mundo por lo que toca a los americanos; y por lo referente a los españoles, a indicar la importancia de los hombres que en él vivieron y las influencias literarias o científicas que contribuyeron a esparcir.

¿Cómo podríamos, por ejemplo, dejar de incluir en la bibliografía americana las obras de Fr. Alonso de la Veracruz y las del obispo Palafox, en México? ¿Cómo podríamos olvidar en Lima al jesuíta José de Acosta, al franciscano Pedro de Alba y Astorga, y en Chile al obispo Fr. Gaspar de Villarroel?

Comprendemos también en esta sección las obras de los hispanoamericanos que por circunstancias especiales escribieron y publicaron sus trabajos en España, o en idioma extranjero, refiriéndonos especialmente a los miembros de la Compañía de Jesús que, expulsados de América, dieron a luz el fruto de sus tareas en Italia. Eran americanos o habían vivido aquí; aquí habían estudiado y aquí acopiaron el caudal de conocimientos de que después dieron buenas muestras.

Y segundo: libros escritos en castellano o en latín impresos en España o fuera de ella por españoles o americanos, o publicados en la Península por individuos de cualquier nacionalidad, en algunos de aquellos idiomas.

Para que a este respecto se comprenda mejor nuestro pensamiento, debemos citar algunos ejemplos que sirvan para justificarlo.

Queda fuera de toda duda que deben comprenderse en la biblio-

grafía española de América las obras escritas en castellano por españoles o americanos y publicadas en la Península.

Otro tanto debe decirse de las que esos mismos autores escribieron en distintas lenguas, mejor dicho, en latín, ya que no emplearon otra. Para el caso, la cuestión de idioma y, sobre todo, del latín, nada significa.

Mas, ¿las que reúnan las primeras condiciones y que no se hayan dado a luz fuera de España, se encuentran en este caso? Creemos que sí. Por ejemplo, la “Histórica relación del reino de Chile” del jesuíta Alonso de Ovalle, los “Tesoros verdaderos de las Indias”, del dominico Fr. Juan Meléndez, publicados en Roma en idioma castellano; el libro del Padre Acosta escrito en latín, sobre la promulgación del Evangelio entre los indios, una de cuyas ediciones es de León de Francia: de todas éstas y de las que se hallan en su caso hemos pensado que no es tampoco posible prescindir.

Igual cosa debe decirse de los libros dados a luz primeramente en España y reimpresos después según sus originales fuera de la Península, como ser los de López de Gómara, el de Cieza de León, el de Antonio de Herrera, etc.

Otro de los extremos contemplados, expresábamos, es el de los libros de extranjeros publicados en España, sumamente limitados en número y en su totalidad obras de portugueses e italianos, o traducciones de ordinario del francés, que hemos creído, igualmente, no convenía ni valía la pena de excluir.

Nos parece sobre este punto fuera de cuestión, para concretarnos a los italianos, que, sin incurrir en omisiones indisculpables, no podíamos menos de describir las obras de Mártir de Anglería, en realidad el primer historiador del Nuevo Mundo —después de Colón, italiano también— y las de Marineo Sículo, por ejemplo, tal como lo habían comprendido León Pinelo y Nicolás Antonio.

Hemos tenido que trepidar, en cambio, para resolver si, por el contrario, debíamos abrazar igualmente las obras de españoles que fueron vertidas a otros idiomas. En realidad, no era posible silenciar

esas traducciones; y así las incluimos también en notas complementarias al fin de las descripciones de las obras originales a que corresponden.

La cuestión más ardua con que hemos debido tropezar es sobre lo que debe entenderse por obras que tratan de América. Los libreros interesados en dar salida a sus números cuidan con frecuencia de advertir que muchos de ellos que versan sobre materias enteramente ajenas a América contienen alguna referencia a determinadas regiones o personas de este continente; y, como es sabido de todos, el distinguido bibliógrafo norteamericano Mr. HARRISSE ha dado cabida en su *Bibliotheca Vetustissima* a títulos en que por mera incidencia se nombra a América, y si hubiéramos de extremar este criterio nos hallaríamos al fin con que bien pocas serían las obras que no nos viéramos precisados a describir, como que en muchísimas, por un motivo o por otro, ha debido mencionarse al mundo descubierto por Colón. Pero esto no es posible, ni a nada conduce.

Hay, sin embargo, obras que, versando sobre temas que no son americanos, abrazan tantos detalles de esta índole que su consulta puede ser útil, y en tal caso, la descripción del libro cabe naturalmente dentro del marco de una bibliografía americana...

Obedeciendo a este mismo criterio, no hemos podido menos de considerar los tratados de cosmografía y de navegación y las obras sobre el morbo gálico, el tabaco y el chocolate, que una práctica corriente y generalmente admitida estima como complementarios de la bibliografía americana...

Como es sabido, muchas cédulas reales se imprimían cuando estaban destinadas a un objeto general. De ninguna de estas piezas que no tengan portada, se trata en esta bibliografía" (24).

El tomo I comprende los impresos de los años 1493 a 1600, dispuestos por el orden cronológico de aparición y además, según, la obra de HARRISSE. Como es de suponerlo, en esta parte el bibliógrafo

(24) *Biblioteca Hispano-Americana*, I, p. VI-XI.

chileno introduce escasas adiciones, derivadas más bien del criterio de incluir las obras escritas por españoles o americanos que estuvieron en América.

Se inicia el repertorio, desde el N.º 1 al 11, con la descripción minuciosa de las Cartas de Colón con el anuncio del descubrimiento del Nuevo Mundo, impresas en el siglo XV, desde la primera estampada en Barcelona en 1493.

Entre los números 21-33 describe los opúsculos latinos del viaje de Vespucio, impresos en los años 1501 y 1505, y bajo los números 38-42, la *Cosmografía*, del mismo, en sus ediciones de 1507 y 1510.

En los números siguientes se describen, entre otros impresos valiosísimos, las *Décadas* y *Epístolas* de Pedro Mártir de Anglería; las Cartas de Cortés; las obras de los cronistas Fernández de Oviedo, Gómara, Cieza de León y Zárate; las obras del Padre Las Casas; las cosmografías y geografías de Fernández de Enciso, Pedro de Medina y Abrahán Ortelio, etc.

Por lo que se refiere a Chile, se describen en este tomo 16 ediciones de *La Araucana*.

Entre los años 1900 y 1902 se publicaron los tomos 2 a 6 de esta obra, con lo cual quedaba cubierta la producción bibliográfica desde 1601 hasta 1810.

El tomo VI es digno de notarse por diferentes particularidades. Lo encabeza un erudito y extenso prólogo de 130 páginas, dividido en tres partes. La primera se refiere a las disposiciones legales que regían la imprenta y la introducción de libros, en las colonias españolas de América; la segunda, estudia en forma amplia, con la ayuda de documentos desconocidos, la figura y la obra de León Pinelo; en la última se hace una reseña de la evolución de la bibliografía americanista desde Nicolás Antonio hasta HARRISSE.

La parte bibliográfica, propiamente tal, contiene la descripción de los impresos sin fecha determinada desde el siglo XVII hasta el XIX; adiciones con nuevos impresos del siglo XVI al XIX; amplia-

ciones de descripciones o notas a los tomos anteriores; seis impresos dudosos; y, por último, se describen 15 manuscritos de interés para la historia colonial de América.

Después de un largo tiempo, en 1907, apareció el tomo VII y último de la *Biblioteca Hispano-Americana*. Contiene, en primer lugar, un capítulo especial con nuevas noticias y documentos sobre León Pinelo; además, en la parte bibliográfica, se registran nuevas adiciones y ampliaciones de impresos estampados en los siglos XVI al XIX.

En total, a través de esta voluminosa obra, uno de los repertorios bibliográficos más grande que se hubiera publicado hasta entonces por una sola persona, se colacionaba la respetable cantidad de 7,758 títulos de impresos (25).

La frialdad del guarismo no transparenta, en realidad, la enorme labor que afrontó Medina para examinar *de visu* y describir acabadamente cada una de esas piezas, o cuando la rareza de muchas era suma, la laboriosa y ardua investigación para establecer su existencia, a través de la compulsión de las más variadas autoridades y fuentes de todos los siglos.

Hay que agregar a lo anterior, que Medina no se quedó sólo en esta fase, si no que, como lo preconizó su ilustre antecesor Harribe, relacionó la pieza bibliográfica que anotaba con todas las circunstancias históricas que ella envolvía e investigó y aclaró, cuando era necesario, las noticias referentes al autor.

BIBLIOGRAFÍA HISPANOCHILENA

Hermana gemela de la anterior, por su método, ya que no por su alcance, pues se trata de un territorio más reducido, para de-

(25) Por un error, hay un salto en la numeración de los títulos de los impresos, entre los dos últimos volúmenes. El VI termina con el N.º 7,009 y el VII empieza con el N.º 7,737 (León Pinelo). En la suma dada arriba por nosotros ha sido salvado este error; por lo cual el número exacto es el que damos en el texto y no el N.º 8,486 con que termina el volumen VII.

cirlo de una soia vez, de Chile, es la *Biblioteca Hispano-Chilena (1523-1817)*, cuyo primer tomo apareció en 1897, impreso y grabado en casa del autor, como reza su pie de imprenta. Los otros dos tomos que la componen, en total, aparecieron sucesivamente en 1898 y 1899. La obra fué dedicada al historiador Domingo Amunátegui Solar.

En esta *Biblioteca*, Medina no se ocupa de ningún libro u otra pieza impresos en Chile, materia que pertenece a su *Bibliografía de la Imprenta en Santiago*. Tampoco describe las obras publicadas en idiomas extranjeros, salvo en latín, aunque hayan sido escritas por chilenos, ni las reales cédulas impresas, a no ser aquellas pocas que poseen portada.

En cambio, se describen todas las piezas bibliográficas de que tuvo noticias, dadas a las prensas en Europa o en América por chilenos o españoles que desempeñaron algún papel en Chile, se refieran o no se refieran a este país.

“Y no se diga —expresa Medina— que así nuestra obra resultará redundante y que extralimita el tema que le sirve de base, pues mal podríamos tener cabal conocimiento de los hombres que aquí figuraron, si no conociéramos sus títulos literarios o científicos que en el desempeño de sus cargos, o en el estudio, aquí adquirieron y con los cuales ejercieron influencias, más o menos directas y eficaces sobre sus contemporáneos. ¿Cómo, por ejemplo, no habíamos de ocuparnos de las obras del franciscano fray Luis Jerónimo de Oré, aunque no se refieran a Chile, cuando sabemos que fué obispo de Concepción; ni mucho menos olvidar las de fray Gaspar de Villarroel, prelado de Santiago, que se halla casi en el mismo caso, ya que no sería posible negar el predominio literario que ejerció entre nosotros y cuya figura se destaca con grandísimo brillo entre las tinieblas de esta mísera colonia a mediados del siglo XVII?”

Por el contrario, pensó Medina con muy buenas razones, que podría parecer ajeno a la índole de esta obra el describir algunas

obras generales en que sólo por incidencia se trata de Chile. En ese caso se encuentra, por ejemplo, la *Historia de los hechos de los castellanos en las Indias* del cronista Antonio de Herrera, en que se trata en forma muy general algunos sucesos relacionados con el descubrimiento y conquista de Chile.

Asimismo, no se colacionan algunas crónicas religiosas, ciertas colecciones de documentos, periódicos y relatos de viajes que muy lejanamente se refieren a nuestro país.

En cuanto al período que abarca la *Biblioteca Hispano-Chilena*, está enmarcado entre 1523, fecha en que se publicó la primera relación del viaje de Magallanes hasta el año 1817, que marca el fin de la dominación española en Santiago de Chile.

En los tres amplios volúmenes se describen por orden cronológico 876 impresos, de todo carácter, algunos de gran rareza, con la prolija técnica bibliográfica usual en Medina.

El primer título de impreso descrito es la Carta de Maximiliano Transilvano, secretario de Carlos V, impresa en Roma en 1523, y que contiene la primera relación sobre el viaje de Magallanes. Se describen de la misma, fuera de la citada estampada por Calvus, las ediciones de Colonia, del mismo año, impresa por Hirzhorn y otra del mismo impresor aparecida en 1524, en Roma.

Son notables, también, las descripciones de las varias ediciones del viaje de Magallanes escrito por Antonio Pigafetta.

En esta *Biblioteca*, el infatigable erudito colaciona 23 ediciones de *La Araucana*, desde la primera de 1569 y aprovecha para intercalar noticias hasta ese entonces desconocidas que rectifican muchos puntos de la vida de Ercilla. Bajo el N.º 788 se reproducen, además, diferentes facsímiles de las portadas del poema.

Cuando el impreso tiene alguna particularidad digna de notarse, ya sea por su rareza, o por su importancia intrínseca, Medina lo reproduce in extenso. Así, por ejemplo, se dan los textos completos de la curiosa obra teatral de Lope de Vega, *Arauco Domado*, dada a

luz en 1625 (cf. N.º 64) y de la *Comedia famosa, Los Españoles en Chile* de Francisco de Bustos, aparecida en 1761 (cf. N.º 443).

Otros impresos de los siglos XVI y XVII, por nombrar sólo a éstos, que se destacan por el caudal y la importancia de las noticias bibliográficas, son, por ejemplo, la edición limeña de 1596 y la de Madrid de 1605 del *Arauco Domado* de Pedro de Oña (cf. N.ºs 21 y 27); el *Arte y gramática general de la lengua que corre en el reino de Chile*, Lima, 1606, la *Doctrina christiana y catecismo en la lengua Allentiac*, Lima, 1607, y el *Sermón en lengua de Chile*, 1621 (cf. N.ºs 29, 31 y 52), obras todas del célebre jesuíta Luis de Valdivia; y por último el famoso *Compendio historial del descubrimiento, conquista y guerra de Chile* de Melchor Xufre del Aguila, impreso en Lima en 1630.

BIBLIOGRAFÍA HISPANOFILIPINA

En 1897, época sintomática para España que perdía sus últimas colonias, Medina publica precisamente la *Bibliografía española de las Islas Filipinas (1523-1810)*, que completa la bibliografía de esa nación en sus dominios de ultramar.

En ésta se propuso incluir todas aquellas obras impresas en la Península de autores españoles o hispanoamericanos y también filipinos, que tratasen de las Islas. “A este título —apunta Medina— incluimos también las obras de uno o dos extranjeros que habiéndose hallado al servicio de España, publicaron sus obras en latín, tal como en circunstancias análogas procedieron Nicolás Antonio y Retana”.

Se registran, también, los impresos en las antiguas colonias hispanoamericanas y “aquéllos que salieron a luz en países extranjeros, ya fuera por circunstancias especiales de los autores, ya por la baratura del trabajo tipográfico, ya porque siendo de importancia o aplicación general fueron acogidos y divulgados por las prensas europeas”.

No se incluyen en esta Bibliografía las reales cédulas sin portadas referentes a Filipinas. Tampoco, con harto sentimiento del autor, el bibliógrafo pudo describir los libros publicados en China por los misioneros que residieron en Filipinas, ante la imposibilidad para examinarlos *de visu* (26).

El repertorio bibliográfico abarca desde la Carta de Maximiliano Transilvano sobre el viaje de Magallanes, impresa en Roma en 1523, hasta 1810. En total se describen 667 impresos.

BIBLIOGRAFÍA DE LA IMPRENTA EN AMÉRICA Y FILIPINAS

Dentro del conjunto de la obra bibliográfica de Medina se destaca la monumental empresa en que abarcó el desarrollo de toda la tipografía americana, de una manera sistemática, sin dejar región donde hubiere florecido el arte de imprimir.

En esta labor gigantesca, Medina rastreó con una intuición certera y un conocimiento enorme de la evolución cultural de las antiguas colonias, cuanto impreso estamparon los primitivos tórculos, a través de la colonia y en los albores de la revolución de la Independencia, sin dejar pieza por describir, desde la de más peregrina rareza hasta la más deleznable.

Cuando pudo mirar retrospectivamente toda esta labor cumplida, al dar cima a la historia y bibliografía de la imprenta en el otro extremo de América, dice con cierto amargo sabor, que las generaciones de hoy deben borrar: "Teníamos ya impresa en 1891 la historia de la imprenta en Santiago; el examen de los documentos del Archivo de Indias, que desde antes habíamos hecho para el estudio de la historia de Chile y que nos reveló la existencia de papeles tan curiosos como interesantes respecto a autores y libros americanos;

(26) Referente a un impreso chino, cf. Medina, **Nota bibliográfica sobre un libro impreso en Macao en 1590** (Sevilla, 1894), donde prueba que el primer libro impreso por los europeos en China fué **De honesta puerorum institutione** de Juan Bonifacio.

nuestra residencia en Buenos Aires en 1892 y la visita diaria a la biblioteca de nuestro renombrado amigo el teniente general don Bartolomé Mitre, riquísima en impresos argentinos, y el deseo de coadyuvar a las tareas del director entonces del Museo La Plata, el doctor don Francisco P. Moreno, tan querido para nosotros, nos impulsaron a redactar la *Bibliografía del Río de La Plata*; luego la compaginación de nuestras papeletas sobre libros relativos a la América Española impresos en España nos permitió anotar muchos títulos mexicanos, cuyo apunte al cabo de cierto tiempo resultó más voluminoso de lo que hubiéramos creído, sin contar con los que habíamos adquirido para nuestra biblioteca: causas fueron todas para resolvernos a emprender también un estudio tan completo como se nos alcanzase de la tipografía mexicana, después de haber hecho la de Lima, tan íntimamente ligada con la chilena, y que creciendo poco a poco nuestro plan, nos resolviésemos por fin a abarcar la historia de toda la tipografía hispano-americana. ¡Cuántas veces hemos tenido ocasión de arrepentirnos de haber abrazado un campo cuya extensión no calculamos en el primer momento y que se ha llevado sin sentir los mejores años de nuestra vida, privándonos de realizar obras cuya ejecución acariciábamos desde la juventud y que habían de redundar en el conocimiento de la historia de nuestra patria, para trabajar de manera abrumadora en una sin brillo, y poco duradera quizás! Y todavía para encontrarnos con que se formulaba en contra nuestra, por el hecho de ser extranjeros para el país a que dedicábamos nuestras vigiliass y nuestra escasa fortuna, la sospecha de que no seríamos imparciales” (27).

En una cosa se equivocó Medina, sin embargo, al decir que su obra quizás sería poco duradera...

Se inicia esta labor para recopilar las muestras de la imprenta americana en 1891, como se ha visto, con la publicación de la primera obra de esta especie, titulada *Bibliografía de la Imprenta en Santiago de Chile desde sus orígenes hasta febrero de 1817*, impresa en

(27) *La Imprenta en México*, I, p. X-XI.

casa del autor. Se hizo una elegante edición de 300 ejemplares en papel de hilo. Cuando aparece, el país atravesaba por un agudo período de zozobra política, a raíz de la revolución de ese año, que acababa de terminar.

Era el trabajo de Medina el primero que sobre esta materia se publicaba en Chile. La *Estadística bibliográfica* de Briseño, al lado de éste, en el período que abarcó Medina, representaba un mero intento por sus datos demasiados sumarios y por el prurito de Briseño, hay que reconocerlo, de darle poca importancia a estos impresos.

La *Bibliografía de la Imprenta en Santiago* comprende desde los primitivos impresos salidos de las rudimentarias prensas instaladas en esta ciudad, que por lo demás fué la única que las tuvo, en el siglo XVIII hasta la víspera de la batalla de Chacabuco, ocurrida el 12 de febrero de 1817.

Precede a la bibliografía, propiamente tal, un extenso estudio sobre la introducción de la imprenta en América y los primeros pasos del arte de imprimir en la capital de Chile. En esta parte, Medina aporta datos completamente nuevos sobre los incipientes talleres tipográficos coloniales y sobre la biografía del primer impresor que se conoce, José Camilo Gallardo; a continuación estudia los esfuerzos de los patriotas, en los albores de la Revolución, para instalar una imprenta y la publicación del primer periódico, la *Aurora de Chile*, con la cooperación de Hoevel, de quien se dan abundantes datos biográficos, como asimismo de los primeros impresores extranjeros, Johnston, Burbidge y Garrison.

El catálogo de los impresos chilenos, dispuesto por orden cronológico, se divide en tres secciones: los orígenes, la primera imprenta y la Reconquista española, además de unas Adiciones. En total se registran 166 títulos de impresos, con gran despliegue y minuciosidad descriptiva (28).

(28) En una nota expresa Medina que en cuanto a la ejecución material de esta bibliografía se basó en los procedimientos del notable bibliógrafo mexicano García Icazbalceta, el autor de la *Bibliografía mexicana del siglo XVI*.

La primera pieza de que se da noticia data de 1780 y es una cuartilla doblada en dos, cuya parte impresa mide 65 mm. Se trata de un convite de misa y función en acción de gracias por el ascenso a gobernador de don Agustín de Jáuregui. Esta primitiva muestra tipográfica había sido descrita ya por Medina en su *Bibliotheca Americana*, y le pertenecía, ya que se la había obsequiado el Jefe del Archivo de Indias de Sevilla, don Carlos Jiménez Placer.

La parte más interesante de esta obra se abre, en realidad, en 1812, donde se describen los primeros periódicos, como la *Aurora* de ese año, el *Monitor Araucano*, la *Gaceta del Gobierno de Chile* y otros, de los años siguientes, de todos los cuales se dan amplias noticias y los índices de materias, número por número, de cada uno. En estas dos últimas secciones se describen además los numerosos bandos y proclamas revolucionarias, papeles de guerrilla tan comunes en esa época.

La parte gráfica es notable, también, y por primera vez en una obra de bibliografía chilena, se dan los facsímiles de las portadas de los impresos más curiosos y de las firmas de los primeros impresores.

Para registrar el mayor número de piezas, fuera de su rica biblioteca, hizo Medina una detenida búsqueda en la Biblioteca Nacional de Santiago, en la del Instituto Nacional, que era muy valiosa, y en la del bibliógrafo don Nicolás Anrique.

En el prólogo de la *Imprenta en Santiago*, decía el autor: "Por mucho que haya sido la diligencia que he empleado en coleccionar los títulos de las diversas piezas impresas en Santiago durante ese tiempo, estoy persuadido que deben haberse escapado a mis investigaciones algunos otros que no he logrado ver; deficiencia perfectamente explicable si se atiende a la poca extensión de las obras que entonces se daban a luz —en su mayor parte simples hojas sueltas—, a la falta de colecciones de mediano valer y a la naturaleza misma de esos impresos, publicados de ordinario, en época de transición en que sus respectivos adeptos naturalmente fueron apenas tolerados,

cuando no perseguidos, como había acontecido con especialidad a los patriotas y a sus obras después de la reconquista”.

Consciente de esta limitación de toda obra bibliográfica, el infatigable polígrafo no descansó en sus laureles, y a pesar de que sus investigaciones lo habían llevado muy lejos y hacia otras materias, cuando debió haberse entregado al descanso merecido a que le daba derecho su magna obra, en las postrimerías de su vida, transcurrido casi medio siglo desde la aparición de la *Imprenta en Santiago*, pensó adicionarla y ampliarla. Se entregó con gran empeño a reunir más papeletas de nuevos hallazgos propios, junto con los que otros habían ido allegando en este tiempo, siguiendo la huella que él trazó, todos las cuales podrían completar casi definitivamente su obra primigenia en esta materia.

La aspiración del maestro no pudo verse cumplida en parte, por cuanto, poco tiempo después de terminar su trabajo y dejarlo listo para las prensas, moría en 1930. Le tocó a su albacea literario y discípulo, el historiador Guillermo Feliú Cruz, darlo a la luz pública sólo en 1939 (29).

Entre el tiempo transcurrido desde su primera obra dedicada a la imprenta santiaguina y ésta, como hemos dicho, algunos investigadores habían descubierto nuevos impresos coloniales, y al mismo tiempo, el estudio del desarrollo del arte de la imprenta a partir de 1812 había sido objeto de algunas monografías, en especial dedicadas al primer periódico, la *Aurora de Chile*.

La más notable de estas nuevas contribuciones era la *Bibliografía Chilena* de Luis Montt, cuyos dos primeros tomos coincidían con la obra de Medina.

Había diferencias entre las dos, sin embargo, derivadas más bien del distinto criterio bibliográfico de ambos eruditos. Dentro del

(29) El título completo de esta obra póstuma de Medina es **Bibliografía de la Imprenta en Santiago de Chile desde sus orígenes hasta febrero de 1817**. Adiciones y ampliaciones por José Toribio Medina. Obra Póstuma, La publica con una introducción Guillermo Feliú Cruz. Prensas de la Universidad de Chile, 1939.

primitivo plan de Montt su pensamiento fué llegar hasta las postrimerías del gobierno de O'Higgins. Mas, ya sea por la desgraciada circunstancia de que la obra fué casi enteramente consumida por un incendio durante su impresión, ya sea por la muerte del autor, ésta quedó interrumpida en 1818. Había otra diferencia más en estos dos trabajos, que el mismo Montt señala: "Contráese aquél de preferencia a las descripciones bibliográficas con todo el gusto, o si se quiere refinamiento que en esta materia se exige ahora, al paso que en éste la descripción de las condiciones tipográficas de los papeles no sirve en la generalidad de los casos sino de ocasión para dar el resumen de su contenido" (30).

En la introducción que pensaba publicar Montt en el primer tomo, iba a considerar a la prensa "por su aspecto de vehículo y portavoz de las ideas" y a dedicarse a referir "cuáles fueron sus rumbos, su influencia en los sucesos del tiempo, los debates o polémicas que en ella se sostuvieron, y el carácter de los escritores que más la ocuparon". La introducción de Medina a la *Imprenta en Santiago* le parece a Montt, por el contrario, más bien historia de la tipografía por el caudal de noticias que acumula.

Estos criterios dispares se acentúan más con lo que expresa por su parte Medina en el prólogo de sus *Adiciones y ampliaciones*, sobre el trabajo de Montt: "La obra deja bastante que desear en su ejecución propiamente bibliográfica, pero, en cambio, se describen en ella, dentro del período que abarca nuestro estudio, 205 impresos. Fué lástima que el autor no dejase consignado en sus descripciones las bibliotecas públicas o particulares en que se hallasen: deficiencia tanto más de lamentar cuanto que hoy en día no es posible examinar algunos de esos impresos, porque no parecen por ninguna parte".

"Le falta, asimismo —continúa Medina— como base para poder apreciar cual fuera el aporte nuevo con que se contribuía al estudio de la historia de nuestra tipografía, la indicación de la obra que an-

(30) Montt, Op. cit., II (Santiago, 1904), p. XIV.

tes que la suya se hubieran descrito las piezas que por su parte enumera”.

Sea como fuere, en las nuevas adiciones de Medina, éste sigue el mismo plan de su obra primera, y con los nuevos hallazgos debido a sus búsquedas y a las de Montt, Laval y otros bibliógrafos, logra reunir cien nuevos impresos, que corren desde la numeración 167 hasta la 267.

El primer impreso que se describe en este nuevo libro, es la muestra más antigua de la primitiva tipografía chilena que se conoce hasta ahora. Se trata del opusculillo *Modo de ganar el Jubileo Santo*, impreso en toscos caracteres en Santiago el año 1776, y que fué descubierto y descrito por primera vez por Ramón A. Laval, en 1910.

A continuación de las adiciones se insertan las ampliaciones a la *Imprenta en Santiago*, que rectifican algunas descripciones de ésta y añaden nuevas noticias sobre los impresos y sus autores.

renta en

Después de dejar impresa en Chile, como hemos visto, la *Imprenta en Santiago*, su autor se vió obligado a emigrar a Argentina, debido al clima postrevolucionario que se respiraba a fines de 1891 en la capital de Chile y que, inclusive, hacía peligrar su vida y sus bienes, entre los que se contaban, en primer lugar, su rica biblioteca.

En Buenos Aires se vinculó estrechamente con algunos connotados bibliófilos e historiadores, como el general Mitre, los hermanos Carranza, don Manuel Ricardo Trelles, los hermanos Lamas, don Clemente L. Fregeiro y otros más.

En este ambiente encontró la más amplia acogida y estímulo para completar sus notas y preparar la nueva publicación que tenía entre manos sobre el desarrollo de la imprenta en esa parte de América. En ese año de 1892 lanzó a la publicidad la *Historia y biblio-*

grafía de la Imprenta en el antiguo Virreinato del Río de La Plata, editada e impresa espléndidamente por el Museo de La Plata.

Se puede señalar esta obra, sin lugar a dudas, como la de más lujosa, cuidada y magnífica factura tipográfica, entre todas las suyas, lo que es mucho decir, pues casi todas sus obras contaron con sus propios desvelos e inspección directa del proceso tipográfico.

De gran formato en folio imperial se tiraron 4 ejemplares en papel japon, 25 en papel vitela y 500 en papel fuerte (31). La exornan, sin mezquindad, una gran profusión de láminas, facsímiles, viñetas, grabados, letras capitales, escudos y retratos, en cuya impresión se usaron cuatro procedimientos: grabado en madera, zincografía, litografía y fototipia, pasando cada pliego cinco veces por las prensas. Lleva estampadas a tres tintas, una anteportada, una portada general, donde se indica el nombre con que se la conoce, y cuatro portadas especiales para cada una de las regiones de que trata. Cada una de estas partes, además, tiene paginación independiente.

El contenido de la Imprenta ríoplatense no es menos soberbio. Fué acogida, por este motivo, en la serie de los *Anales del Museo de La Plata*, dirigido por Francisco P. Moreno, titulada "Materiales para la historia física y moral del Continente Sud-Americano. Sección Historia Americana".

El sector que exploraba Medina en esta obra, había tenido algunos antecedentes, como los trabajos de Juan María Gutiérrez Antonio Zinny, Bartolomé Mitre y Pedro de Angelis, los primeros bibliógrafos de la imprenta del Plata.

Abraza la bibliografía ríoplatense de Medina el lapso transcurrido desde que los jesuitas en sus misiones del Paraguay iniciaron en 1705 los primeros ensayos tipográficos, hasta 1810, año en que la fronda revolucionaria socavaba los cimientos del antiguo Virreinato de las Provincias del Río de La Plata.

(31) Nosotros hemos consultado un ejemplar de estos últimos, con dedicatoria del autor a don Enrique Matta Vial, cuya colección de libros se conserva actualmente en la Biblioteca Nacional de Santiago.

Esta obra capital está dividida lógicamente conforme a los cuatro lugares dentro del Virreinato que contaron por primera vez con imprenta.

La imprenta se establece por los misioneros de la Compañía de Jesús a principios del siglo XVIII, en medio de las selvas vírgenes del Paraguay, y al mismo tiempo la fundan, en vísperas de la expulsión de la Orden de los dominios españoles de América, en el antiguo Colegio de Monserrat de la ciudad de Córdoba del Tucumán, único foco intelectual en ese entonces. Es trasladada luego a Buenos Aires por el Virrey Vértiz. En 1807 los ingleses durante la invasión de Montevideo instalan una, que más tarde es nuevamente restablecida por un miembro de la familia real para combatir la propaganda de la Junta Revolucionaria de Buenos Aires.

En la parte dedicada a la imprenta en el Paraguay, se estudian los antecedentes del establecimiento del primer taller por los misioneros jesuítas y sus primeros ensayos tipográficos que se conocen, desde 1705; los esfuerzos de los padres para fabricar ellos mismos una prensa y para fundir los tipos, con la ayuda de los indios, hábiles también en el arte de imprimir, al emitir las letras de molde y los grabados; y por fin, las últimas impresiones hechas en 1727.

El primer impreso de esta imprenta, que se conoce, es la traducción al guaraní por el P. José Serrano del célebre libro del jesuíta Eusebio Nieremberg, *De la diferencia entre lo temporal y eterno*, con 43 láminas de grabados alegóricos.

Medina hace una minuciosa y erudita descripción de él, y además transcribe los preliminares, proporciona datos sobre la vida del P. Nieremberg, describe las diferentes ediciones del libro, tanto españolas como extranjeras, apoyado de preferencia en la bibliografía de escritores jesuítas de los Padres Backer, y por último, da noticias sobre el traductor, el padre Serrano. Se reproducen, también, en forma facsimilar, la portada, la primera página y 24 láminas de la edición de las Misiones y 3 de la de Amberes.

Las demás descripciones de esta sección, que en total son 8, se refieren a impresos de catecismos, vocabularios y sermones en lengua guaraní estampados por la imprenta jesuítica.

La segunda parte dedicada a la imprenta en Córdoba del Tucumán, estudia su establecimiento en el Colegio jesuítico de Monse-rrat y su fin prematuro. Se describen tres impresos estampados en 1766.

La bibliografía y estudio que se refiere a la imprenta de Buenos Aires, de más amplitud, abarca los años 1780 hasta 1810. La introducción histórica estudia con ayuda de valiosos documentos, la instalación de la imprenta que había pertenecido a los jesuítas de Córdoba, anexa a la Casa de Niños Expósitos de B. Aires, por las diligencias del Virrey Vértiz; los primeros pasos y administración del taller entregado al librero Silva y Aguiar; la compra de la imprenta establecida por los ingleses en Montevideo; la impresión de *Catones, Catecismos y Cartillas*; la historia del grabado en Buenos Aires; la introducción de la imprenta en Salta; y la creación de la Imprenta del Estado.

La parte bibliográfica describe 851 impresos de los Niños Expósitos, que fué muy prolífica, pero cuyas muestras son de muy escaso valor tipográfico.

La última parte está dedicada a la imprenta en Montevideo, instalada por los ingleses en 1808 durante la invasión y que imprimió hasta 1810. A pesar de esta vida efímera, alcanzó a lanzar un periódico, *La Estrella del Sur*, órdenes, avisos al público y proclamas. Medina describe 7 piezas de esta improvisada imprenta.

Tal es el acervo de la historia y de la bibliografía que alcanzó a acumular Medina en estas páginas dedicada al Virreinato del Río de La Plata. Acervo, que a pesar del tiempo y de las nuevas investigaciones se mantiene incólume en su estructura erudita e histórica (32). El historiador argentino José Torre Revello así lo reconoce:

(32) Richard Garnett, que fué Director del British Museum, en su libro *Essays in Librarianship and Bibliography* (London, 1899), comentó elogiosamente esta obra de Medina.

“No obstante que ha cumplido dicha obra más de medio siglo desde su aparición, todavía en lo fundamental no ha sido superada. Pequeñas aportaciones de impresos desconocidos y diversos documentos que complementa su rica información, no le han restado categoría de permanente. Obra buscada y utilizada todavía muy provechosamente por aquéllos que dedican sus afanes al estudio del maravilloso arte tipográfico en nuestro suelo y en el país hermano, la República Oriental del Uruguay” (33).

De vuelta en Chile el año 1896, el ilustre polígrafo, después de un largo viaje por España, para investigar y recopilar material relativo, en especial, al desarrollo de la imprenta en América, publicó en Santiago en esa fecha, *La Imprenta en Manila, desde sus orígenes hasta 1810*.

La preocupación de Medina por la historia de la imprenta en esas islas, venía desarrollándose desde la misma Península, donde había dado a luz un *Brevísimo epítome* de esa obra para que le sirviera de índice y el opúsculo *El primer periódico publicado en Filipinas y sus orígenes*, donde aportaba noticias de la “Gaceta del Superior Gobierno”, publicada en Manila entre los años 1809 a 1813.

Había, además, también, un motivo histórico, expresado por el mismo Medina, al decir, que “para mí, como chileno, la historia de Filipinas me interesaba en sus orígenes por el memorable viaje de Hernando de Magallanes, descubridor del Estrecho que lleva su nombre, hoy parte integrante de mi país, y por las expediciones que años más tarde, siguiendo las huellas del inmortal navegante por-

Sobre la imprenta de las misiones jesuíticas del Paraguay ha aportado nuevos datos el investigador de esa Orden, Guillermo Furlong Cardif. A Juan Canter, de Argentina, se le deben valiosos estudios sobre la imprenta de los Niños Expósitos de Buenos Aires.

(33) José Torre Revello, “Don José Toribio Medina, historiador de América” en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 1947, número 110, p. 30.

tugués y encaminadas a las Molucas, vinieron a aportar a los mismos parajes australes del continente americano” (34).

La circunstancia que determinó a Medina a establecer la bibliografía de los impresos filipinos, para cerrar así el ciclo territorial de la historia de la imprenta en las antiguas colonias españolas, fué la de que al estudiar de cerca la relativa al Virreinato de México, se persuadió de que la bibliografía de Filipinas estaba muy estrechamente ligada a aquélla, por lo que no era posible ocuparse de la una sin tocar forzosamente la otra. “Muchos de los hombres que figuraron —escribe— en la América Septentrional española fueron a la Oceanía a servir cargos eclesiásticos y civiles; y por la inversa, muchos que habían iniciado su carrera literaria en Filipinas tuvieron ocasión de dar a la prensa sus labores intelectuales en México, paso casi obligado entonces para todos los que por diversas circunstancias se veían precisados a emprender viajes a la Península”.

Además, Medina se había propuesto un programa amplísimo, dada la magnitud del conjunto que abarcaría la historia y la bibliografía de las imprentas, que iba cumpliendo paulatinamente y sin desmayo, y el vasto panorama iba a quedar interrumpido sin la historia de la introducción y desarrollo del arte de imprimir en esta colonia.

Como en casi todas las demás obras del polígrafo chileno sobre esta materia, el límite que se fijó en ésta fué el año 1810, pues “es bien sabido —expresa Medina— que en esta fecha se inició en toda la América latina el movimiento que acarreó al fin la independencia de la metrópoli”, aunque tal fecha no contara para las posesiones filipinas.

La huella que siguió el laborioso investigador chileno había sido ya recorrida por una serie de bibliógrafos peninsulares, casi todos pertenecientes a órdenes religiosas. Pero, el que más había estudiado la bibliografía filipina era el notable bibliógrafo y filipinólogo Wen-

(34) *La Imprenta en Manila, etc.*, p. XII.

ceslao Emilio Retana a quien se le debían diversas publicaciones de segura erudición sobre la materia.

Como prueba de la amistad que le ligaba a Retana, le dedicó Medina esta obra, como también los otros dos opúsculos citados, publicados en Madrid. Más aún, reconociendo la solvencia del intelectual filipino estuvo tentado el dejar de mano sus propios estudios bibliográficos de aquellas islas, tal era la probidad, la rectitud y la modestia del sabio investigador. Sin embargo, Medina notó que entre su obra y la de Retana existía mucha semejanza en el método, y a pesar de la diligencia del autor del *Catálogo de la Biblioteca filipina*, contenía ésta última varias omisiones, en especial de obras lingüísticas sobre el tagalo.

Precede a *La Imprenta en Manila* un noticioso prólogo con abundantes detalles sobre la introducción del arte de imprimir en las islas; el primer libro, la *Doctrina cristiana tagalo-española*, impreso en 1593; los diferentes impresores, grabadores e imprentas de propiedad, casi todas, de las órdenes religiosas; y por último, la enumeración de las bibliotecas y bibliógrafos filipinos.

El repertorio bibliográfico describe prolijamente 420 impresos desde 1593 hasta 1810, procedentes de la capital de las Islas.

En los años siguientes encontró Medina nuevos impresos filipinos, a medida que recorría las capitales de Perú, Guatemala, México y otras. Algunos eran de suma rareza, de los cuales, a veces, ni rastros había siquiera en ninguna fuente bibliográfica y a pesar de que su amigo W. E. Retana había dado a luz en 1897 una nueva obra de la misma índole (35).

Todo esto le indujo a publicar en 1904, unas *Adiciones y Ampliaciones* a su primera obra. "El examen atento —escribe Medina— de las portadas de los libros descritos en las siguientes páginas, nos conduce a establecer algunos hechos nuevos relativos a los impresores filipinos, a ampliar otros, y, ¿por qué no decirlo? confirmar algunas

(35) *La Imprenta en Filipinas (1591-1810). Con una demostración gráfica de la originalidad de la primitiva. Adiciones y observaciones a la Imprenta en Manila de D. J. T. Medina. Madrid, 1897-1899.*

de las hipótesis que por falta de los necesarios antecedentes habíamos omitidos en el prólogo del tomo I de esta obra". De este modo, pudo Medina ampliar sus anotaciones anteriores y describir otros 144 nuevos impresos estampados por las prensas de Manila (36).

En 1902 inicia el incansable historiador de la imprenta, nuevas andanzas con la misma finalidad, siempre, la de aumentar la documentación que ya poseía sobre las imprentas coloniales de América, especialmente de Lima, Guatemala y México, para sus próximas obras.

Fruto de este viaje, es la aparición, en primer lugar, entre 1904 y 1905 de su célebre y valiosa *La Imprenta en Lima (1584-1824)*, que consta de 4 grandes volúmenes en folio.

Esa rica cantera de la bibliografía limeña, primera ciudad que contó con imprenta en América del Sur, se puede decir que estaba todavía casi inexplorada, pese a los aislados y parciales trabajos de algunos bibliógrafos peruanos, como Paz Soldán, Torres Saldamando, Zegarra, Palma y el librero francés Carlos Prince, además del boliviano René-Moreno.

La labor preliminar de Medina, como siempre, fué casi exhaustiva. El Archivo de Indias en Sevilla que había sido explorado por el diligente bibliógrafo en cinco distintas ocasiones, le suministró datos en abundancia, no tanto bibliográficos, aunque no fueron pocos, si no más bien relativos a la vida y carrera literaria de los autores que habían impreso sus obras en Lima, en época en que existieron tantas relaciones culturales entre la Corte y la ciudad virreinal.

Igualmente fructífera fueron sus investigaciones en la Biblioteca Nacional de Lima, lugar de muchos recuerdos para Medina, desde su primera estada en esa ciudad, donde fué auxiliado espléndida-

(36) Esta rica mina bibliográfica dió tema, aún, a la obra de Angel Pérez y Cecilio Güemes, *Adiciones y continuación de "La Imprenta en Manila"* de D. J. T. Medina: o rarezas y curiosidades bibliográficas filipinas de las bibliotecas de esta capital, Manila, 1904.

mente por don Ricardo Palma, en ese entonces Director de dicha institución.

La *Imprenta en Lima* comprende exclusivamente los libros impresos en esa ciudad, desde el primero que se conoce, la *Doctrina Christiana*, aparecida en la Ciudad de los Reyes en 1584, año en que se introdujo la imprenta, hasta que terminó la dominación española en 1824. Se incluyen, también, los que se tiraron en la imprenta que tenían los jesuitas en Juli, en los años 1610-1613, que usó los moldes del tipógrafo limeño Francisco del Canto y donde se compuso además, asegura Medina, el primer pliego de todos los impresos de esa ciudad.

En total se describen 3,948 títulos, con copiosa abundancia de datos y documentos sobre los principales impresos, como era costumbre del laborioso autor.

El primer volumen que abarca los impresos de 1584 a 1650, es decir el que comprende, en realidad, a los incunables limeños, lleva una importante introducción, en que se estudia el establecimiento de la imprenta en Lima, junto con la biografía del primer impresor, el italiano Antonio Ricardo y las de los demás impresores y grabadores. En este campo, Medina aporta y ordena por primera vez, noticias enteramente inéditas hasta ese entonces. Termina esta introducción con interesantes consideraciones alrededor del comercio de libros en el Virreinato y se examinan algunos antecedentes sobre las causas que contribuyeron a dificultar la producción intelectual del mismo.

Las minuciosas descripciones bibliográficas de casi todos los impresos que se enumeran, como las abundantes y eruditas noticias de sus autores, adquieren más valor aún, con el despliegue de numerosos facsímiles, grabados unos en madera y otros en zincografía.

En las descripciones del volumen inicial se destacan, fuera del impreso de 1584, ya citado, las de algunas obras de los famosos hermanos judío-portugueses León Pinelo, que vivieron en Lima, y

por lo que atañe a nuestro país, las del *Arauco Domado* y *El Temblor de Lima* de Oña.

Como complemento de la obra que acabamos de reseñar, en ese mismo año de 1904 lanzó Medina *La Imprenta en Arequipa, el Cuzco, Trujillo y otros pueblos del Perú durante las campañas de la Independencia (1820-1825). Notas bibliográficas*, en que se describen 104 piezas salidas de las incipientes prensas de esas ciudades peruanas y de las que tenían los Ejércitos Libertador y Realista, durante las campañas de la Independencia, desde 1820 a 1825.

Los noticias que se dan sobre estas imprentas, volantes la mayoría, y de sus impresos “que en ocasiones —como dice gráficamente el mismo Medina— fueron armas de combate aun más poderosas que los fusiles y los cañones”, ilustran, en gran medida, de bastantes hechos curiosos de esas campañas, ligadas a la historia de Chile.

Haciendo luz entre las oscuras y pocas noticias que se tenían sobre la imprenta quiteña, en 1904 publica el erudito las breves “notas bibliográficas” de *La Imprenta en Quito (1760-1818)*, que comprende 43 impresos.

En ella expresa Medina que el primer impreso quiteño salió a luz en 1760, por un pequeño taller tipográfico montado por los jesuitas. Desde 1798 hasta 1818, el más completo misterio rodea ese período, y sólo en este año salen a luz unas cuantas muestras del arte de imprimir en esa capital, publicadas, seguramente, con los restos de los materiales que a mediados del siglo XVIII habían llevado los jesuitas a su colegio de Ambato.

Al antiguo Virreinato de Nueva Granada le dedicó el bibliógrafo las dos publicaciones que se titulan: *La Imprenta en Bogotá (1739-1821). Notas bibliográficas* y *La Imprenta en Cartagena de las Indias (1809-1820). Notas bibliográficas*, ambas aparecidas en 1904.

A pesar de las modestas condiciones del establecimiento de talleres en esas ciudades y de la oscuridad que los envuelve, en cuanto a fechas y nombres de impresores, pudo describir el autor 118 impresos salidos de esas prensas.

Otro esbozo bibliográfico similar a los anteriores, es el referente a *La Imprenta en Caracas (1808-1821)*. *Notas bibliográficas*, publicado en ese mismo año, en que pese a los escasos datos que se conocían de la introducción de la imprenta en esta ciudad, logró identificar y describir 26 impresos, aparecidos en aquel período.

La tardía aparición de la imprenta en la capital de Cuba, una de las últimas colonias hispanas, y los diferentes impresores que se sucedieron, dan materia de nuevo a Medina para eruditas lucubraciones sobre tópicos que algunos bibliógrafos, como Leclercq y HARRISSE, habían tratado de esclarecer. Se trata de *La Imprenta en La Habana (1707-1810)*. *Notas Bibliográficas*, impresas en 1904, con la descripción de 271 impresos de esa procedencia. Hay que tomar en cuenta que Medina no pudo visitar Cuba, como lo había hecho casi siempre con otras ciudades cuyas imprentas se propuso estudiar.

Entre los años 1907 y 1912, aparece la más monumental de sus obras dedicadas a las imprentas en América, la que consagró al estudio de los impresos mexicanos, con el título de *La Imprenta en México (1539-1821)*, que comprende 8 grandes volúmenes, todos dados a los moldes en la imprenta particular de Medina, con gran despliegue tipográfico (37).

La obra es en realidad magna e imponderable al saberse que fué llevada hasta la cima por una sola persona y cuando se reco-

(37) El primer volumen de *La Imprenta en México* que apareció fué el tomo II, en 1907 y el último en salir en 1912 el correspondiente al primer tomo.

El Epítome de esta Imprenta había aparecido en Sevilla en 1893.

rren los 12,412 títulos de impresos que se registran y los centenares de notas y documentos que acompañan a estas descripciones. “Para llegar a ese resultado —escribe el mismo Medina— hemos necesitado, sin embargo, trabajar casi día día durante veinte años, examinar el Archivo de Indias de Sevilla por espacio de largos meses en busca de datos biográficos de los autores de más nota que figuran en esta biblioteca, con resultados muy inferiores a los que esperábamos, es cierto, desgraciadamente; revisar las principales bibliotecas españolas y la del Museo Británico en Inglaterra, y recorrer en viaje destinado a este solo intento, todos los países hispano-americanos, y si no hemos encontrado más, no ha sido como se ve, por falta de diligencia nuestra. En todo caso nos conforta la persuasión en que estamos de que nuestra obra por el plan y desarrollo que nos ha sido posible darle, servirá de base para los investigadores posteriores que se animen a completarla. Por nuestra parte no podíamos demorar más tiempo en publicarla, cuando ya las fuerzas comenzaban a faltarnos y corríamos el peligro de que nuestros esfuerzos para verla realizada se perdiesen” (38).

La base que le sirvió para componer la *Imprenta en México*, además de su propia biblioteca, riquísima en centenares de impresos mexicanos y de sus búsquedas en los archivos y bibliotecas de Europa y de América, que él mismo menciona en las líneas anteriores, fué también el espulgo que hizo en ricas bibliotecas particulares de la capital mexicana, pertenecientes a algunos bibliófilos que generosamente le abrieron sus puertas, como Vicente P. Andrade, González Obregón, Genaro García, Nicolás León, Agreda y Sánchez y otros. Desgraciadamente no pudo visitar la valiosísima de García Icazbalceta (39).

(38) *La Imprenta en México*, I, p. IX.

(39) Sobre las facilidades que encontró Medina en México para sus investigaciones, además del prólogo en el t. I de la *Imprenta en México*, es interesante consultar, por los pormenores simpáticos, la entrevista que le hizo en 1915 don Armando Donoso, reproducida varias veces.

Notables habían sido los antecesores del bibliógrafo chileno en el campo que se propuso explorar en esta obra. Basta sólo citar, entre los peninsulares a Marcos Jiménez de la Espada y José Gestoso Pérez, y entre los mexicanos, a los ilustres Eguiara y Beristain, durante la colonia, y, en época cercana a Medina, los nombres insignes de García Icazbalceta, de Nicolás León y de Vicente de P. Andrade.

Esta es otra muestra de la perseverancia y del mérito de Medina para roturar el campo más hondo que sus antecesores y para aportar nuevos documentos y luces que habían escapado a aquéllos que recorrieron antes el mismo camino, consciente de la función de la bibliografía, como labor cooperativa y siempre renovada.

“Al hacer la declaración de cómo se produjo en nosotros este proyecto de bibliografía mexicana —escribe Medina—, confesaremos que jamás, en los primeros años que dedicamos a su estudio, se nos pasó siquiera por la mente la idea de abarcar en ella los impresos del siglo XVI. Mirábamos y continuamos mirando la obra de aquel sabio mexicano como monumental en su género, hasta el punto de que no era posible pensar siquiera en tocarla. Y tanto es así, que a última hora hemos tenido que solicitar los datos que un examen detenido del libro fué poniéndonos de manifiesto faltaban en él y que personalmente habíamos podido recoger, si tal hubiese sido nuestro pensamiento en un principio. En esa inteligencia, nunca examinamos las obras en él descritas que cayeron más de una vez en nuestras manos, porque nuestro propósito fué siempre iniciar la bibliografía desde el punto en que la había dejado García Icazbalceta, eso sí que sin esperanza la más remota de podernos acercar siquiera a dar a nuestra labor la perfección a que la había llevado por lo tocante al siglo XVI (40). Sucedió, sin embargo, que, poco a poco fuimos encontrando títulos que se habían escapado a la investigación bibliográfica de aquel autor; y creimos entonces que era ne-

(40) Se refiere a la **Bibliografía mexicana del siglo XVI**. México, 1886.

cesario completar esa obra y la nuestra haciéndola extensiva también a aquel período, aunque fuese de un manera compendiosa, pero que diese unidad y abarcase el conjunto...

“Circunscrito de esta manera nuestro campo de investigaciones, cuando ya trabajábamos en él desde hacía más de seis años, apareció en 1899 el libro del señor Andrade que abrazaba el siglo XVII (41); y para decir en este orden todo de una vez, en 1902, publicó el doctor León el primer tomo de su obra, que comenzaba a tratar del siglo XVIII, esto es, cuando llevábamos diez años de labor (42). ¿Qué hacer en tal emergencia? Posiblemente por un efecto de vanidad, no nos resolvimos a sacrificar el trabajo que teníamos ya hecho y con el cual nos sentíamos encariñados y resolvimos continuar en él hasta darle término, en la esperanza, al menos de que, si ya no tenía toda la novedad con que nos habíamos lisonjeado podría salir, contendría datos aprovechables de algún orden, ya bibliográficos o ya históricos, especialmente por lo relativo a los impresores” (43).

La Introducción de 325 páginas del tomo I se puede denominar como magistral por la severa erudición que la acompaña, para esclarecer las incógnitas del establecimiento de la imprenta en el Virreinato de Nueva España, ya que podría decirse, según Medina, “que la historia de la Tipografía Mexicana es como una larga cadena, cuyos extremos tenemos en la mano y de la cual no se conocen todavía, para que sea completa, algunos eslabones intermedios”.

Dicha introducción consta de seis partes (44). En la primera

(41) Se trata del **Ensayo bibliográfico mexicano del siglo XVII**. México, 1899.

(42) Es la **Bibliografía mexicana del siglo XVIII**. México, 1902-1908. 6 vols.

Para mayores informaciones sobre la bibliografía de México, cf. el espléndido guía de A. Millares Carlo y J. I. Mantecón, **Ensayo de una bibliografía de bibliografías mexicanas**. México, 1943.

(43) *La Imprenta en México*, I, p. XI-XII.

(44) Parte de esta Introducción fué publicada en una corta tirada, bajo el título de **Introducción de la Imprenta en América. Carta que al Sr. D. José Gestoso y Pérez dirige J. T. Medina**. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1910.

analiza todos los antecedentes de que se podía disponer en esa época para establecer la fecha en que se introdujo por primera vez la imprenta en el Virreinato. Alejándose de todos los investigadores anteriores, que suponían vagamente, que había existido imprenta anterior al año 1539, el bibliógrafo chileno establece como fecha la de 1535 y que antes del impresor Juan Pablos, hubo otro, Esteban Martín, con taller tipográfico con anterioridad al que estableció Cromberger y su socio Juan Pablos en 1539.

La segunda parte se refiere a los impresores, desde Esteban Martín, a quien atribuye la impresión, en 1535, de la *Escala Espiritual* de San Juan Clímaco, que constituye el más grande desideratum de la bibliografía americana, pasando por la Casa Cromberger y Juan Pablos, hasta los que florecieron a principios del siglo XIX, límite de su obra.

La tercera parte está dedicada a los grabadores y la cuarta, a los libreros mexicanos.

La parte quinta se refiere en forma circunstanciada a los bibliógrafos relacionados con el estudio de la imprenta en México. Particularmente son dignas de mención, por lo completas, las noticias de la vida y de las obras de los bibliógrafos mexicanos coloniales, Juan José de Eguiara y Eguren y José Mariano Beristain y Sousa, y asimismo de los bibliógrafos modernos, tanto extranjeros, entre los que descuella HARRISSE, como los mexicanos contemporáneos de Medina, García Icazbalceta, Vicente Andrade y Nicolás León.

Termina esta notable introducción con el estudio de las leyes, privilegios y la libertad de imprenta en México.

Después de este digno pórtico viene la parte propiamente bibliográfica donde se describen con el abundante lujo de detalles eruditos que acostumbraba Medina, los incunables estampados por los tórculos coloniales mexicanos, desde 1539 a 1600, sobrepasando, con mucho, por la cantidad de descripciones de impresos a todos los bibliógrafos que habían tratado este mismo tema. Así por ejemplo, García Icazbalceta en ese mismo período anotaba 116 títulos, mientras

nuestro bibliógrafo duplicaba esa cantidad. Además, entre las publicaciones no enumeradas por el notable investigador mexicano, Medina da noticias de unas cincuenta, cuyas existencias deja plenamente establecidas, aunque nadie hasta ese tiempo las conocía *de visu* (45).

Como complemento gráfico de este magnífico volumen, abundan entre sus páginas los retratos y los facsímiles de firmas, viñetas y portadas, estas últimas, a veces, a dos tintas. Sobre este particular de la impresión, el propio autor dice lo siguiente: "Habríamos deseado prodigar los facsímiles de las portadas de las obras que considerábamos más importantes, pero esto no fué posible, ya que iba a resultar así nuestra obra mucho más dispendiosa y a pura pérdida para nosotros. Finalmente, para poderla dar a luz hemos debido montar un taller tipográfico, destinado a desaparecer inmediatamente después de concluída. Hemos sido, pues, a la vez, autores, editores e impresores. ¡Cuántas y cuántas pruebas no hemos corregido personalmente! En otra imprenta de mayores elementos que la nuestra, el libro habría resultado mejor impreso, pero no habríamos podido vigilar de cerca el trabajo. Preferimos, pues, sacrificar la belleza artística para conservar la exactitud indispensable y a que aspirábamos a llegar en *La Imprenta en México*" (46).

La monumental obra que acabamos de citar se refería exclusivamente a los impresos aparecidos en la ciudad de México. Para completar el amplio cuadro de la tipografía de ese país, publicó Medina en 1904 cuatro opúsculos de "Notas bibliográficas" referentes

(45) Desde la fecha en que Medina agotó sus investigaciones en torno a la imprenta mexicana, han aparecido diversos importantes trabajos, que adicionan y completan la obra de éste, y que confirman, muchas veces, sus tesis. Cf., por ejemplo, Emilio Valton, *Impresos mexicanos del siglo XVI*. México, 1935; Enrique R. Wagner, *Nueva Bibliografía Mexicana del siglo XVI. Suplemento a las Bibliografías de don Joaquín García Icazbalceta, don José Toribio Medina y don Nicolás León*. Traducida por Joaquín García Pimentel y Federico Gómez de Orozco. México, 1940; Francisco González de Cossio, *La Imprenta en México, 1594-1820. Cien adiciones a la obra de don José Toribio Medina*. Prólogo de don Agustín Millares Carlo. México, 1947.

(46) *Op. cit.*, I, p. XIV.

a otras ciudades mexicanas. Son los titulados: *La Imprenta en Oaxaca* (1720-1820); *La Imprenta en Guadalajara de México* (1793-1821); *La Imprenta en Veracruz* (1794-1821); y *La Imprenta en Mérida de Yucatán* (1813-1821), en que se describen, en conjunto, 236 impresos salidos de esas imprentas regionales.

Finalmente en 1908, dió a la publicidad el incansable bibliógrafo, *La Imprenta en la Puebla de los Angeles* (1640-1821), la tercera ciudad del Nuevo Mundo que tuvo imprenta. En la introducción estudia el autor la problemática fecha del establecimiento de la imprenta en esa ciudad, punto en que existía mucho desacuerdo entre los bibliógrafos. Se refiere particularmente, también, a los diferentes impresores. Catálogo en total 1,928 impresos.

A la cuarta ciudad del Nuevo Mundo en que se estableció la imprenta le dedicó el laborioso historiador una extensa obra. Es *La Imprenta en Guatemala* (1660-1821), publicada en 1910.

En ésta se describen 2,462 impresos y la exornan numerosas viñetas, retratos y facsímiles de portadas. En la introducción estudia Medina la posibilidad de que antes de aquella fecha hubiera habido imprenta y, en especial, se refiere al primer ensayo tipográfico de que hay noticias, como es un pequeño impreso de 1641, con el título de *El Puntero*. Como siempre en esta nueva obra aporta Medina extensas noticias sobre los impresores, grabadores y bibliógrafos guatemaltecos (47).

Completan el ancho panorama de la tipografía americana las *Notas bibliográficas referentes a las primeras producciones de la Imprenta en algunas ciudades de la América española*, publicadas en

(47) Cf. Gilberto Valenzuela, *La Imprenta en Guatemala*. Algunas adiciones a la obra que con este título publicó en Santiago de Chile el ilustre literato don José Toribio Medina. Guatemala, Tip. Nacional, 1933.

1904. Se describen en ellas 67 impresos aparecidos entre 1574 y 1823, en las siguientes ciudades: Ambato, Angostura, Curazao, Guayaquil, Maracaibo, Nueva Orleans, Nueva Valencia, Panamá, Popayán, Puerto España, Puerto Rico, Querétaro, Santa Marta, Santiago de Cuba, Santo Domingo, Tunja y por último Nueva Granada y México, ciudades ambas en que aparecieron en el período de las operaciones militares de la Independencia, numerosas proclamas, partes militares y periódicos destinados a dar cuenta de esos sucesos.

BIBLIOGRAFÍA DE OBRAS RARAS AMERICANAS

Aunque Medina, en sus grandes repertorios, como la *Biblioteca Hispano-Americana* e *Hispano-Chilena* y en los dedicados a las diferentes imprentas en América, había investigado a fondo casi todo lo que se refería a obras raras impresas en este Continente o sobre él, en especial los llamados incunables americanos, existían aún algunos vacíos, muy comprensibles, y por más diligencia que había gastado para el conocimiento de esos impresos, constituían verdaderos enigmas por su peregrina rareza.

Sin embargo, con el tiempo, Medina fué encontrando algunos y dándolos a la publicidad, reimpresos, los más, a plana y renglón, precedidos de notas biográficas y bibliográficas.

De este modo, en 1911 publicó el rarísimo *Lipítome Chileno* de Santiago de Tesillo, impreso en Lima en 1648, y que es uno de los primeros compendios que se escribieron sobre la historia de Chile.

Aunque existían rastros de esta obra entre los documentos contemporáneos, era completamente desconocida por los bibliógrafos modernos. El primero que la describió sumariamente, por primera vez, fué Ternaux-Compans en su *Bibliothèque Américaine*, en 1837; apareció después anunciada en el Catálogo Raetzel y más tarde fué ubicado un ejemplar en la John Carter Brown Library de Providence en Estados Unidos, de cuyo bibliotecario, el bibliógrafo Mr. Geor-

ge Parker Winship, obtuvo Medina una copia fotográfica, que sirvió para la reimpresión a plana y renglón, compuesta y compaginada por sus propias manos.

Con la publicación *Un incunable limeño hasta ahora no descrito*, que reprodujo con la misma técnica que el anterior, en 1916, añadió el bibliógrafo chileno, el conocimiento de un incunable más a los catorce que hasta esa época se conocían como salidos de los tórculos limeños, lo cual significaba un suceso “digno de recordación en los anales de la tipografía americana”.

Se trata de la edición príncipe de 1594, del impreso tirado por la imprenta de Antonio Ricardo, en el que su autor Pedro Balaguer de Salcedo, correo mayor del Perú, hace una relación de las correrías del pirata Hawkins y de cómo fué vencido por don Beltrán de Castro (48).

En 1916 estampa *La primera muestra tipográfica salida de las prensas de la América del Sur*, reimpresión foto-litográfica, con un breve prólogo de la “Pragmática sobre los diez días del año”, el primer impreso salido del taller de Antonio Ricardo en 1584, simultáneamente con la *Doctrina Christiana* en lengua quichua y aymara por el padre Acosta, de la cual Medina ya había dado noticia en su *Imprenta en Lima* (49).

Una rara muestra de la imprenta guatemalteca, *Vida de doña Ana Guerra de Jesús*, publicada por el P. jesuíta Antonio de Siria

(48) La réplica de este impreso, del mismo año, estaba descrita ya en *La Imprenta en Lima*, I, p. 38.

(49) Medina poseía un ejemplar de la *Doctrina* del P. Acosta con la firma autógrafa del célebre jesuíta. En la entrevista de don Armando Donoso, Medina hace unas simpáticas reminiscencias relacionadas con esta obra y la “Pragmática”, en el siguiente párrafo: “Por esta obra —nos dice Medina— me han ofrecido seis mil marcos. Tiene una historia curiosa: cuando se estaba imprimiendo, el Papa Gregorio XIII quitó diez días al calendario, lo cual ocasionó trastornos curiosísimos en la época; hubo entonces que detener el trabajo de la impresión para dar a la estampa por la misma prensa, la Real Cédula que incorporaba la orden pontificia, en la cual se ordenaba la reforma del calendario. Así, pues, son ambas dos impresiones casi simultáneas”.

en 1716, fué reimpresa también por Medina, a plana y renglón, por encargo y a expensas del gobierno de El Salvador en 1925.

En 1926 reimprime con una noticia preliminar sobre Don Juan Ventura de Portegueda, el poema endecasílabo *Buenos Aires Reconquistada*, para lo cual utiliza la edición mexicana de 1808.

Una de las más grandes curiosidades de la bibliografía americana lo constituye el impreso *Verdadera relación de los sucedido en los reinos e provincias del Perú desde la ida a ellos del Virey Blasco Nunes Vela hasta el desbarato y muerte de Gonçalo Piçarro*, por el florentino Nicolao Albenino, dado a los moldes en Sevilla en 1559, en forma de una carta dirigida por éste a Fernán Suárez, residente en esa ciudad. De esta pieza no se conocía más ejemplar que el que conservaba la Biblioteca Nacional de París, donde el diligente investigador chileno lo había visto y examinado en 1886, y cuya descripción hizo en la *Biblioteca Hispano-Americana*, I, N.º 137.

La aparición del impreso había sido puesta en duda por casi todos los bibliógrafos desde León Pinelo, hasta que HARRISSE pudo dejar establecida su existencia. En 1928, cuando Medina visitó Francia por última vez, insinuó al notable americanista Paul Rivet, la conveniencia de reimprimir esta curiosa y rara pieza bibliográfica. Fué así, como en el mismo año de la muerte de Medina, en 1930, apareció una reproducción facsimilar de la relación de Albenino, con un prólogo del erudito chileno, editada por el Instituto de Etnología de la Universidad de París (50).

BIBLIOGRAFÍA DE LOS DESCUBRIMIENTOS GEOGRÁFICOS

Las obras de Medina relativas a los navegantes y descubridores hispano-portugueses, como asimismo algunas relacionadas con la geografía primitiva de América son, ante todo, obras de investi-

(50) Participan también de la calidad de piezas raras, los impresos en lenguas aborígenes americanas y algunos textos literarios que se analizan más adelante.

gación histórica, basadas en la documentación que él mismo encontró en los archivos de España, que aportan nuevas luces sobre esos personajes y los acontecimientos en que actuaron. Sin embargo, en ellas se encuentran apéndices y aun capítulos enteros, dedicados a la parte estrictamente bibliográfica, sector que ya habían tratado algunos bibliógrafos extranjeros, como Harrisse en su *Bibliotheca Americana Vetustissima* y en otras obras, por lo que Medina, reconociendo esa labor se contentó con dar noticia de las obras esenciales, acompañadas como siempre, con sus eruditas anotaciones originales.

En 1897 publica *Juan Díaz de Solís*, en cuyo segundo tomo, entre las páginas 199-243, inserta una bibliografía que comprende 62 títulos, “noticias que hemos debido reunir —escribe Medina— en nuestra biblioteca particular, que sin duda no son todas las que pudieran presentarse en que se vea aparecer el nombre de Juan Díaz de Solís, pero sí las principales y en todo caso las suficientes para darse cuenta de cómo han sido tratados por los autores la vida y hechos del piloto mayor de España. Al ocuparnos de las obras fundamentales sobre la materia, nos ha parecido conveniente, como complemento del cuadro documental, transcribir los pasajes más interesantes de esas obras, sin olvidarnos tampoco de apuntar en unas cuantas frases la crítica que ellas nos merezcan” (51).

En ese mismo año reimprime en dos opúsculos, con prólogos bibliográficos, *La Relación diaria del viaje de Jacobo Le Maire y de Guillermo Cornelio Schouten en que descubrieron nuevo Estrecho y pasaje del Mar del Norte al Mar del Sur, a la parte austral del Estrecho de Magallanes* y la *Descripción de las Indias Occidentales* por Martín Fernández de Enciso, sacada de la *Suma de Geografía* de este autor.

La bibliografía de Sebastián Caboto, que había sido abordada por Winship, completa en lo que toca a autores extranjeros, estaba todavía por hacer en lo referente a libros españoles y especialmente

(51) *Op. cit.*, I, p. X.

hispanoamericanos. Con tal fin, en el magnífico libro que publica en 1908, bajo el título de *El Veneciano Sebastián Caboto al servicio de España*, dedica las páginas 551 a 608 del tomo I, a la "Bibliografía hispano-cabotiana", que consta de 90 títulos, algunos con largas disquisiciones y transcripciones de documentos. En esta bibliografía, Medina se propuso dar "noticia de aquellas obras que, por un motivo u otro, puedan contribuir a ilustrar la vida y trabajos del piloto mayor de España, haciendo caso omiso de las que contengan alguna mera referencia, entre las cuales deben contarse, en primer lugar, los textos de enseñanza primaria, que nada original o de mediana importancia pueden encerrar al propósito que indicamos".

A Núñez de Balboa, en la obra que publica en 1914 bajo el título general *El Descubrimiento del Océano Pacífico*, le dedica en el tomo I, un capítulo especial, el XVI, de "Notas bibliográficas" con 34 descripciones, desde las *Décadas* de Pedro Mártir de Anglería y las obras de López de Gómara y de Antonio de Herrera.

Finalmente, en la gran obra sobre Hernando de Magallanes, publicada bajo el mismo título general anterior, en 1920, entre las páginas 115 a 176, enumera 199 libros y artículos sobre el célebre viaje del navegante portugués.

BIBLIOGRAFÍA LINGÜÍSTICA AMERICANA

Fué preocupación de Medina, entre la gran variedad de sus trabajos, el estudio de las lenguas aborígenes americanas, con un sentido bibliográfico, es decir, de ordenación de bibliografías sobre éstas o de reimpresión de antiguos y rarísimos textos bilingües, en especial, doctrinas y catecismos para catequizar a los indios.

El campo era amplio y lo había recorrido ya, aunque en forma general, el notable filólogo y bibliógrafo español Cipriano Muñoz Manzano, Conde de la Viñaza, quien, en 1892, había dado a luz en Madrid, la *Bibliografía española de lenguas indígenas de América*.

Medina contribuyó a estos estudios, particularmente, con los de-

dicados a la bibliografía de la lengua araucana, y, con este objeto, reimprimió, asimismo, algunos textos catequísticos en esta lengua y en otras, del célebre jesuíta Luis de Valdivia.

Así por ejemplo, en 1894, durante su permanencia en Sevilla, hacía reimprimir a plana y renglón, con una reseña de la vida y obras del padre Valdivia, la *Doctrina cristiana y catecismo, con un confesionario arte y vocabulario breves en lengua Allentiac*, de este misionero, impresa en Lima en 1607 (52).

Pocos años más tarde, en 1897, reimprime a plana y renglón los *Nueve sermones en lengua de Chile*, del mismo jesuíta, impresos en Valladolid en 1621, y que constituye una gran rareza bibliográfica. El único ejemplar que se conocía, del cual se valió Medina para la reimpresión, pertenecía al bibliógrafo español José Sancho Rayón, de quien lo obtuvo por intermedio del erudito filipinólogo W. E. Retana.

Aparte de un noticioso prólogo sobre los catecismos en araucano, los monumentos más antiguos que se conocen de éste, se inserta a continuación una "Bibliografía de la lengua araucana", que comprende 101 títulos, tanto de autores españoles, como extranjeros, que se han ocupado de esta lengua (53).

En 1918 reimprime en facsímil los *Fragmentos de la Doctrina Cristiana en lengua Millcayac*, también del padre Valdivia, los únicos que hasta esa fecha se conocían, sacados de la edición de Lima de 1607, con una "Noticia bibliográfica, histórica y etnográfica".

De la misma índole de estas publicaciones, es la reimpresión a plana y renglón, hecha en Santiago en 1905 de la *Doctrina cristiana en lengua guatemalteca*, impresa en Guatemala en 1724.

En 1927 el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, inclu-

(52) La descripción de este impreso se encuentra, también, en *La Imprenta en Lima*, I, p. 105 y ss.

(53) De esta parte hay una separata con el título *Bibliografía de la lengua araucana*. Santiago de Chile, Impreso en casa del autor, 1897, de la cual se hicieron solamente 7 ejemplares.

yó en la colección "Biblioteca Argentina de Libros Raros Americanos", el texto en chiriguano y castellano, impresa a plana y renglón, de la *Carta a los Indios infieles Chiriguanos*, del Obispo de Charcas, fray José Antonio de San Alberto, con unas notas biográficas y bibliográficas debidas a la pluma de Medina.

No era de extrañar que esa colección incorporara este impreso, salido de las prensas madrileñas, probablemente en 1790, tanto por su extraordinaria rareza, como por ser su autor una figura intelectual extraordinaria en el antiguo Virreinato del Río de La Plata.

La bibliografía que acompaña Medina de las pastorales y otros escritos del Obispo San Alberto, completa, casi en forma definitiva, las anteriores hechas por Juan María Gutiérrez en su bibliografía de la primitiva imprenta de Buenos Aires, por René-Moreno en la *Biblioteca Boliviana*, y por el mismo Medina en su imprenta en el Virreinato del Río de La Plata.

Una importante contribución de nuestro bibliógrafo al Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en New York, en 1928, fué su *Bibliografía de las Lenguas Quechua y Aymará*, publicada en 1930 por la Heye Foundation del Museo del Indio Americano de esa misma ciudad. El acervo bibliográfico sobre ambas lenguas que logró reunir alcanza a 213 títulos, completando todas las demás bibliografías anteriores sobre este mismo tema, como las de Rivero y Tschudi, del Conde de la Viñaza, de Ballivián y de Mitre (54).

Finalmente, la última de estas bibliografías y, también, una de las últimas obras debidas a su pluma, que apareció en las postrimerías de su vida, es la *Bibliografía de la lengua guaraní*, publicada por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad de Buenos Aires, en 1930. Se registran en ella 144 títulos, desde el si-

(54) La introducción que debía acompañar a esta bibliografía fué omitida por un error involuntario, en la publicación de New York. Está publicada, sin embargo, en la bibliografía de las obras de Medina por Feliú Cruz, bajo el N.º 381. En ella hace Medina diversas consideraciones sobre el acervo bibliográfico a que ha dado lugar el estudio de estas lenguas y sobre las formas más correctas de su denominación.

glo XVI hasta 1927. En la introducción, se extiende el autor en eruditas disquisiciones sobre el verdadero nombre de esta lengua, el área en que era hablada y por último pasa revista a las diversas fuentes bibliográficas sobre el guaraní, en que se destacan los trabajos de Varnhagen y Valle Cabral (55).

BIBLIOGRAFÍA LITERARIA

Desde temprano demostró Medina predilección por los temas literarios, como hemos visto, por ejemplo, al publicar en sus años mozos la *Historia de la literatura Colonial de Chile*. Posteriormente, aunque su labor se orientó hacia otros campos de investigación, no desatendió, en el transcurso de su prodigiosa y fecunda tarea, el estudio de los aspectos que se relacionaban con la historia literaria hispanoamericana, por ese concepto amplio que tenía del hispanismo, como conocimiento y expresión de las raíces culturales de España en América.

Varios son los trabajos de este aspecto que se pueden espigar entre sus libros y artículos. Sin embargo, se distinguen claramente, dentro del sector de la literatura española, dos temas a los cuales dedicó gran atención y a cuyo estudio aportó prolijas y notables luces. Se trata de *Ercilla* y su poema y de *Cervantes*.

El tema de *Ercilla* fué uno de los que acarició más tiempo en su mente y al que tras infatigables esfuerzos, pudo dedicarle su obra predilecta, que significa para el sabio bibliógrafo su "mayor título de gloria", según la expresión de Armando Donoso.

Ya hemos visto la diligencia que puso Medina en sus grandes repertorios bibliográficos, para inventariar y describir, con todo lujo de detalles eruditos, las diferentes ediciones de *La Araucana*. Igualmente, desde antiguo, pensó escribir la vida que se debía al can-

(55) Ricardo Victorica, el encarnizado y mal intencionado contradictor de Medina, publicó sobre esta bibliografía unos **Errores y omisiones de una seudo Bibliografía Guaraní**. Buenos Aires, 1934.

tor de Arauco, para lo cual, en sus repetidos viajes a España, tras tesonera búsqueda en los Archivos de Indias y de Simancas, reunió documentos importantísimos, que permitirían estampar noticias hasta esa fecha desconocidas, especialmente por lo que se refería a la permanencia de Ercilla en América y sobre todo en Chile.

Aunque no pudo consultar la valiosa documentación sobre el poeta español, que conservaba el conocido cervantista y bibliógrafo Cristóbal Pérez Pastor, Medina no desmayó para investigar en las fuentes mismas, y así pudo copiar, después de un arduo trabajo paleográfico, en el riquísimo como inaccesible Archivo Notarial de Madrid, seiscientos documentos ercillanos de extraordinario valor, cuya pista le fué dada por aquel erudito.

De vuelta en Chile, se dispuso a trabajar con todo empeño para publicar en una edición que fuera un digno monumento del gran poeta épico, el texto completo, comentado y anotado, de *La Araucana*, juntamente con la biografía de Ercilla y con todos los documentos que había encontrado hasta esa fecha.

En 1910, pudo brindar, el esforzado investigador, a todo el mundo hispanoamericano, la primera edición completa del poema hecha en Chile, en un volumen de gran folio, impreso en su propia imprenta, llamada Elzeviriana, con un inusitado despliegue tipográfico, exornada profusamente de retratos, láminas, facsímiles, fotografías y un mapa de Arauco levantado en 1777.

Esta "Edición del Centenario", como se la llama, reproducía fidedignamente la edición de Madrid de 1589-1590, última que salió en esta ciudad, en vida de Ercilla, y que fué impresa, sin duda, bajo la inmediata inspección del poeta.

En 1913, da a las prensas el segundo volumen de esta notable edición, que comprende los *Documentos*, de imponderable valor y que quedaban desde ese momento "incorporados en el acervo común de noticias para la historia literaria española", como dice el incansable editor.

Cuatro años después, en 1917, sin desmayar, daba a la publici-

dad la parte más notable de su prodigiosa empresa, cual era la *Vida de Ercilla*, a quien le dedicaba el tercer volumen.

Con el gran acopio de documentos que había hecho don José Toribio Medina, pudo escudriñar hasta en sus pormenores más íntimos la personalidad de Ercilla, con sus luces y sombras, "para presentarlo a la altura moral correspondiente al vuelo de su ejecutoria de inspirado poeta y de escrupulosísimo cronista de la historia de este país" (56).

Desde ese momento, toda otra obra sobre la vida del poeta español quedó relegada a segundo término, como las de Rosell, de Ferrer del Río o de Ducamin, algunos de los que más habían profundizado en el conocimiento del poeta y de su obra, lo que no obstaba para que adolecieran de grandes vacíos y errores.

En quince notables y definitivos capítulos, sigue la portentosa y ajetreada vida del autor de *La Araucana*, estudiando sus primeros años; el viaje del joven don Alonso, como paje del príncipe don Felipe, por diferentes lugares de Europa; el viaje a América y su épica estada en Chile, de dura experiencia, y en Perú; la publicación de la Primera parte de *La Araucana* en 1569; los años del poeta en la Corte y su matrimonio; la misión diplomática cerca de los duques de Brunswick; su participación en las campañas del Portugal; su psicología y su personalidad; y finalmente, en los últimos capítulos se hurga en los enredados negocios del poeta, se describen sus últimos días y se dan a conocer sus disposiciones testamentarias.

A continuación del mismo tomo, comenzó Medina a insertar, extensos y noticiosos apéndices que llamó Ilustraciones. En estas primeras, se refiere a las aprobaciones que hizo Ercilla para la impresión de libros en la Península, a los retratos del poeta y sus firmas, al mayorazgo de Ercilla, a su familia y a su viuda.

Por lo que toca a este trabajo, en las notas del último capítulo de la vida del poeta, insertó Medina, una somera bibliografía erci-

(56) *Vida de Ercilla*, p. 217.

llana, en que enumera a sus diferentes biógrafos, desde los contemporáneos del poeta español hasta los más modernos de la Península, y asimismo a los extranjeros, dedicando particular mención a los americanos, especialmente los chilenos, como Barros Arana, Amunátegui, König, Barros Méndez, etc. (57).

En el mismo año, publicó nuestro bibliógrafo la continuación de las Ilustraciones, que corresponden al cuarto volumen de esta magna edición conmemorativa (58). La Ilustración Décima con que se abre este volumen, se titula “Bibliografía de *La Araucana*”.

En unas breves palabras liminares, expresa Medina: “Bien poco es lo que tenemos que decir respecto a esta Ilustración que consagramos a la bibliografía de *La Araucana*. Lo relativo a la publicación de la Primera Parte que es lo más digno de estudio en ese orden, queda ya consignada en la biografía de Ercilla, donde hablamos de cómo se escribió, de los preliminares que precedieron a su impresión y del tipógrafo de cuyos moldes salió a la luz pública...”

“Como es fuerza que suceda —prosigue Medina— en toda disquisición bibliográfica, nos ha sido preciso ejecutar rectificaciones, salvar errores y omisiones, y— lo que no puede parecer extraño al versado en estas materias, por más que se trate de un tema de tan corta extensión,— tener que lamentar vacíos, que no ha sido posible llenar por falta de los materiales indispensables, derivada, unas veces, del corto número de ejemplares existentes de algunas de las ediciones del poema, como ser, v. gr., la portuguesa, de la que no se conocen sino dos, uno de ellos incompleto; otras, de deficiencias aun más graves, y hasta de su total desaparecimiento en el día de hoy, cual acontece con la madrileña de 1585, de la que Pérez Pastor sólo logró ver un fragmento, que no se sabe al presente dónde para; finalmente, a causa de no haber podido realizar en los archivos de Lis-

(57) *La Vida de Ercilla* se ha reimpresso últimamente en México, por la Editorial Fondo de Cultura Económica, con un prólogo del historiador Ricardo Donoso.

(58) El volumen V, y último, de la edición de *La Araucana*, correspondiente a las Ilustraciones finales, apareció en 1918.

boa la investigación que permitiría, seguramente, llevarnos a la resolución de las dudas que se originan respecto a cuándo fué hecha aquella edición y a si es en realidad subrepticia como resulta lo probable”.

Con este bagaje de investigaciones, el ilustre bibliógrafo pudo establecer, hasta la fecha de aparición de su edición monumental, la existencia de 48 ediciones del célebre poema, con inclusión de las aparecidas en recopilaciones importantes de poesía española, dispuestas en orden cronológico, con toda clase de pormenores bibliográficos de alta erudición.

La edición príncipe, estampada en Madrid en 1569, había pasado inadvertida a los antiguos bibliógrafos, como León Pinelo, Antonio, Barcia, y tampoco la vieron Rosell, Gallardo y Ferrer del Río. Medina ya la había descrito en su *Bibliotheca Americana* de 1888, valiéndose del ejemplar completo del British Museum, por lo cual pudo establecer la verdadera integridad de esta edición, que lleva el retrato de Ercilla abierto en madera, al final del volumen, y del cual muchos dudaban.

Son de sumo interés y novedad los datos que aporta al describir las demás ediciones, como la de Salamanca, 1574, casi tan rara como la príncipe; la “subrepticia” de Lisboa; la de Amberes, 1575, “elegante y graciosa” edición de bolsillo; la de Madrid, 1585, que en esta parte Medina describe prolijamente, aunque en las palabras preliminares hacía alusión a su total desaparecimiento, por el motivo de que llegaron a su poder los “dos únicos ejemplares que se conocen de esta edición”, cuando ya tenía muy avanzada la impresión de esta bibliografía; la primera edición de la Tercera Parte de *La Araucana*, impresa en Madrid en 1589, rarísima y desconocida de todos los bibliógrafos, incluso del erudito Pérez Pastor, autor de la *Bibliografía madrileña*, edición de la cual Medina anota sólo dos ejemplares: el de la Biblioteca del Escorial y el suyo propio; la Tercera Parte, impresa en Zaragoza en 1590, de la cual se manifiesta aquí en esta bibliografía, por primera vez, su existencia individual; la

primera edición ilustrada de *La Araucana*, con el retrato del poeta, un mapa y láminas, todo finamente grabado en cobre, con un texto correctísimo, una impresión digna del afamado tipógrafo Antonio Sancha que la estampó en 1776, etc., etc.

A pesar del tiempo transcurrido desde la aparición de la monumental obra que comentamos, todos los datos y descripciones de Medina sobre las ediciones de *La Araucana*, permanecen a firme y “sine varietur” (59).

De todas las ediciones de los siglos XVI, XVII y XVIII se dan, además, los facsímiles de las portadas en la dimensión de los originales.

Una última contribución bibliográfica de Medina a la vida de Ercilla, la constituye el artículo que publicó en 1919, en el *Boletín de la Academia Chilena correspondiente de la Real Academia Española*, con el título de “El Preceptor de Ercilla. Ilustraciones históricas de *La Araucana*. Nota bio-bibliográfica de Juan Cristóbal Calvete de la Estrella”.

Según hemos expresado más atrás, otra de las grandes predilecciones de Medina, dentro de la literatura clásica española, fueron los estudios cervantinos, que acometió, como decía con mucha modestia, “por vía de puro entretenimiento”, y en los que sobresalió, sin embargo, como autoridad indiscutible, con aportes muy certeros, llenos de sabia crítica, tendientes, casi los más, a dilucidar algunos grandes enigmas literarios que envuelve la obra del autor del Quijote.

Mencionemos, aunque sea de paso, su artículo *El Lauso de Galatea de Cervantes es Ercilla* y su magistral edición crítica de la *Novela de la Tía Fingida*, en que el estudioso cervantista, aduce pruebas casi concluyentes para demostrar que su autor no fué otro que el mismo Cervantes.

De igual carácter de este último, tendiente a desentrañar la

(59) Cf. Palau y Dulcet, *Manual del librero hispanoamericano* (2.^a edición. Barcelona, 1951), V, p. 79-81.

paternidad del falso *Quijote* impreso en Tarragona, es su estudio crítico sobre este tema, publicado en 1918, en donde demuestra casi palmariamente que su autor fué el fraile dominico Alonso Fernández.

Un capítulo completo de este libro, el IX, está dedicado a la bibliografía de Alonso Fernández, en que se describen 33 títulos de las obras impresas de éste.

Hizo, también, Medina, una espléndida edición crítica del *Viaje del Parnaso* de Cervantes, compuesta de dos volúmenes (1925). En el segundo se inserta una prolija bibliografía de 37 diferentes ediciones de este poema, tanto españolas como extranjeras, desde la primera de 1614, y que completa, en esta parte, la bibliografía de Cervantes por Rius, que alcanzaba sólo hasta 1886.

Dentro de los "ocios de un sabio", según la expresión del notable crítico Emilio Vaisse, habría que colocar, por último, las 93 curiosas notículas bibliográficas que componen su obrita *Cervantes en las letras chilenas* (1923), que enumera las ediciones chilenas del *Quijote* y de los comentarios que en Chile han suscitado Cervantes y sus obras.

El *Laurel de Apolo* le dió margen, también, al hispanista chileno, para redactar unas noticias bio-bibliográficas de los escritores hispanoamericanos celebrados por Lope de Vega (1922).

En cuanto a la literatura chilena, especialmente la colonial, le dedicó Medina, asimismo, sus eruditas preocupaciones. Entre los escritores chilenos de esa época que estudió, merece citarse el poeta Pedro de Oña, de quien dió extensas noticias en su *Historia de la literatura colonial* y cuyas obras describió en su *Biblioteca Hispano-Chilena* y en *La Imprenta en Lima*, según ya hemos visto.

No se concretó sólo a esto la labor de Medina, para dar a conocer a Oña, si no que debido a la particular rareza bibliográfica de las obras de éste, las reimprimió, precedidas de nuevas noticias sobre el poeta.

En este caso se encuentra la edición facsimilar de *El Temblor*

de Lima de 1609, hecha en 1909, para lo cual se sirvió del único ejemplar impreso en Lima, en ese mismo año, depositado en la John Carter Brown Library de Providence, Estados Unidos.

Asimismo, en 1917, por encargo de la Academia Chilena, dió a la publicidad la edición crítica del *Arauco Domado*, el famoso poema del escritor colonial (60).

En 1923 publicó el infatigable erudito *La Literatura femenina en Chile*, que subtuló como “notas bibliográficas y en parte críticas”, para ampliar un libro que sobre las mujeres chilenas de letras aparecido un poco antes, pero que no analizaba suficientemente los centenares de obras debidas a las mujeres, que se habían publicado en Chile.

“A ese propósito —escribe Medina— he puesto la diligencia que ha estado de mi parte para catalogar cuanto libro o folleto ha salido de mano de mujer en Chile, en cualquier orden que sea”.

El método que sigue en este trabajo es el de agrupar las obras de las escritoras por materias, desde la Colonia hasta la República. “Así, por ejemplo —expresa el autor— agruparé las poetisas, las novelistas, las traductoras, las pedagogas, las autoras de obras religiosas, las comediógrafas, dejando para después a las que han dado muestras del cultivo de las ciencias, ya en derecho, ya en medicina, ya en farmacia, etc.”, sin faltar, tampoco, las labores periodísticas. De esta manera reunió el autor 642 papeletas de nutrida información bibliográfica.

(60) Esta quinta edición del poema de Oña, hecha por Medina, ha sido criticada, con excelentes razones, en el importante trabajo del profesor chileno señor Salvador Dinamarca, presentado como tesis doctoral en la Columbia University, titulado *Estudio del “Arauco Domado” de Pedro de Oña*, editado por el Hispanic Institute de New York e impreso en Santiago de Chile en 1952. Cf. p. 75-81.

BIBLIOGRAFÍA DE OBRAS ANÓNIMAS Y SEUDÓNIMAS
Y DE TRADUCCIONES

Escasísimas eran las obras aparecidas en América española, como la que publicó Medina en 1925, editada por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, con el título de *Diccionario de anónimos y seudónimos hispanoamericanos*, en dos volúmenes.

Ya hemos visto el notable antecedente que Barros Arana dió a las prensas en 1882, con el nombre de *Notas para una bibliografía de obras anónimas y seudónimas sobre la historia, la geografía y la literatura de América*.

Obras de esta índole eran abundantes, sin embargo, en la bibliografía europea y norteamericana. En Francia, son clásicas las de Baillet, Barbier, Quérard, Brunet, Sommervogel, Heylli y otros; en Alemania, las de Heinsius, Holzmann, Weller, etc.; en Inglaterra, las de Halkett y Laing; y en Estados Unidos, las de Cushing (61).

El Diccionario de Medina trataba de descifrar la paternidad de las obras de diversos autores hispanoamericanos que se habían escondido tras el anónimo o el seudónimo, elaborado a través de largos años de investigaciones, muchas veces infructuosas, como él mismo escribe, para "ver modo de descubrir quién fuera el autor de una obra dada". Sin embargo, "no se me oculta —expresa Medina— que faltan por resolver en este libro innumerables anónimos y seudónimos, sobre todo en el género de las novenas y otros opusculillos de carácter religioso".

La copiosa cosecha de Medina estaba basada, tanto en sus búsquedas personales, a medida que preparaba sus otras obras, como en

(61) Algunas de estas obras sobre seudónimos y anónimos son citadas por Medina, en el prólogo de la suya. Para una ampliación de la materia, cf., Louise-N. Malclès, *Les sources du travail bibliographique*. Tome I. Genève, 1950.

algunas de las autoridades nombradas más arriba y que aparecen citadas en cada caso.

El propio Medina anota una diferencia que había entre la obra de Barros Arana y su Diccionario, cuando dice: "Ese paciente investigador abrazó todos los países de la América, incluyendo a los Estados Unidos, las posesiones europeas del Continente y el Brasil. Mi libro tiene algo más y algo menos. Tiene de menos, que no trata para nada de las obras que atañen a esas naciones, pues se limita a la producción anónima o seudónima de las que fueron colonias españolas; pero, en cambio, la contiene en todas sus manifestaciones, siempre que hayan aparecido en libro aparte, haciendo caso omiso de los artículos de revistas o diarios, campo que sería de abundantísima cosecha, pero que me habría llevado muy lejos".

En cuanto al método que seguía en este libro, expresa el autor, que como no se trataba de hacer obra estrictamente bibliográfica, omitió la transcripción íntegra de las portadas o títulos, limitándose a lo necesario para señalar la obra.

También se le presentaban a Medina dos caminos al indicar los autores de los impresos anónimos o seudónimos: uno era el de discutir por extenso los antecedentes que sirven para establecerlos, forma más científica, es cierto, pero que habría alargado en demasía su obra; el otro camino era el de la simple enunciación del autor a quien pertenece, tal como lo habían hecho los bibliógrafos franceses, ingleses e italianos, y en el cual el lector debe dar fe del aserto del autor. Este último era el método seguido por Medina, "eso sí, no sin hallarme seguro de lo que afirmo —escribe—, ya sea por mérito de investigación propia o por la de quienes me han precedido".

En el Diccionario de Medina ocupan mayor espacio los impresos anónimos y seudónimos chilenos, circunstancia que el autor explica porque, en primer lugar, pudo disponer de mucho más material, desde la Independencia; luego, porque en el hecho resulta también así; y en tercer lugar, acaso porque en este país se reconoce cierta tendencia al empleo del anónimo, en parte por causas políticas, y

en la producción femenina, por la cortedad de las autoras para estampar en ella sus nombres”.

Los impresos anónimos y seudónimos están dispuestos en esta obra, por orden alfabético de sus títulos y para la consulta se inserta al final de ella, un índice de iniciales, uno de seudónimos y otro de anónimos (62).

Casi por esa misma época de la anterior dió a luz el bibliógrafo, otra curiosa bibliografía, con el título de *Biblioteca Chilena de Traductores (1820-1824)*, que registra por orden cronológico 1,575 títulos de obras traducidas en Chile, en las fechas indicadas.

Al principio pensó Medina formar sólo un catálogo de los traductores chilenos, pero luego extendió su plan para no dejar incompleto el cuadro de lo que en materia de traducciones se había hecho aquí. Se le presentaron al autor, por ejemplo, diversos casos, algunos ilustres, de traductores de otras nacionalidades, que viviendo en Chile, habían ejecutado algunas, como Andrés Bello, Sarmiento y otros.

(62) Después de la obra de Medina se han publicado en algunos países hispanoamericanos, diversas bibliografías de anónimos y seudónimos. Aquí mismo en Chile, apareció el *Índice de seudónimos* por Guillermo López (1939), que completa y pone al día el *Diccionario* de Medina, en lo que se refiere a este país.

No faltaron, tampoco, a la aparición del libro de Medina, algunas críticas. Entre éstas, por la resonancia algo escandalosa que alcanzó, dada la desorbitada y malévola intención del impugnador, y la enérgica defensa que de la obra de Medina hizo el historiador Feliú Cruz, habría que citar, como simple alcance bibliográfico, la del argentino Ricardo Victorica, en sus publicaciones *Errores y omisiones del Diccionario*, etc. Buenos Aires, 1928 y *Nueva Epanortosis al Diccionario*, etc. Buenos Aires, 1929. Cf. *Bibliografía de Medina*, por Feliú Cruz, N.º 327.

Se debe, también, a Medina una curiosa disquisición sobre dos anónimos ingleses, que publicó bajo el título “Quiénes fueron los autores, hasta ahora ignorados, de dos libros que interesan a América”, publicada en *Bibliographical Essays, a Tribute to Wilberforce Eames*, Cambridge, Mass., 1924, en donde atribuye los anónimos *The Vale of Guasco*, impreso en Londres en 1813, a Henry Boyd y *Campaigns and cruises in Venezuela and New Grenada, and in the Pacific Ocean: from 1817 to 1830*, impreso en Londres en 1821, a Richard Longeville Vowell, de quienes proporciona antecedentes biográficos y bibliográficos.

Una de las dificultades que se le presentó al confeccionar este catálogo, fué la de resolver si esas traducciones habían sido hechas en Chile o eran simples reimpresiones de las ejecutadas en el extranjero, especialmente en España. Frente a esta duda, había que optar por atribuir las a plumas extranjeras, sobre todo en los primeros años de nuestra literatura, cuando las traducciones chilenas eran contadísimas.

Muchas de estas traducciones hechas en Chile salieron bajo el velo del anónimo, circunstancia que hace difícil identificar a sus autores, no así cuando se trata de traducciones efectuadas por conocidos escritores, de cuyos trabajos de esta especie han quedado referencias más o menos seguras.

Las versiones de obras extranjeras hechas en Chile —observa Medina— alcanzan un número extraordinario, a pesar de que esta labor fué abordada relativamente tarde; y en comparación con las ejecutadas en otros países, las correspondientes a nuestro país, seguramente, sobrepasan a aquéllas. Anota, además, que las versiones de los diversos idiomas al castellano se descompone así: “del griego se pueden contar con los dedos de la mano; del latín, mucho más; del inglés, no pocos; otros tantos del italiano, y del francés, la inmensa mayoría”.

En cuanto a los temas traducidos, cree que las obras de imaginación son las que más abundan, siguen después las de carácter científico y luego las de religión.

En este inventario dejó a un lado, el autor, las traducciones que aparecieron en los diarios y revistas, que son numerosísimas y para lo cual habría necesitado otro volumen.

BIBLIOGRAFÍA NUMISMÁTICA

No menos de veinte obras escribió Medina, relativas a la numismática, en las cuales derramó el saber de sus investigaciones pacientes y proporcionó documentos del más alto valor histórico sobre la legislación monetaria hispanoamericana colonial.

En varias de las obras de esta especie, hizo Medina algunas acotaciones bibliográficas, cuando el asunto lo requería. Mas, la obra que compendia su labor de esta índole es la notable *Bibliografía numismática colonial hispano-americana*, publicada en 1912.

Un repertorio bibliográfico de esta materia, como el publicado por Medina, había tenido en España algunos importantes antecesores. Es clásica la obra de Juan de Dios de la Rada y Delgado, *Bibliografía numismática española*, aparecida en 1886, y las de Adolfo Herrera y de Maffei y Rúa Figueroa, en las cuales hay noticias importantes sobre impresos relativos a medallas y monedas hispanoamericanas.

Sin embargo, la obra de Medina adelantaba y completaba enormemente este campo proporcionando un caudal mucho más vasto de publicaciones.

Aun cuando, a poco de haberse descubierto el Nuevo Mundo empezaron a dictarse disposiciones reales referentes a las monedas, ya sea con respecto a su transporte, ya sea por la conveniencia de señalarles su valor, ya, en fin, por que se hizo indispensable fundar Casas de Moneda, estas disposiciones no se dieron a la estampa si no mucho años después. De este modo la obra de Medina empieza a registrar estas piezas ya muy avanzado el siglo XVI.

Estas disposiciones reales merecen al bibliógrafo chileno particular atención en las descripciones, "como que constituyen el código monetario" de las colonias españolas, ya sea que aparezcan recopiladas en colecciones de leyes, que era lo más corriente, o en impresos aislados.

Lugar preferente, además, merece en el libro de Medina todo lo relacionado con el advenimiento y jura de los monarcas españoles en América, pues estos cambios de reinado acarreaban una transformación completa en las monedas, en sus leyendas y a veces en sus atributos, por lo cual los considera con bastante detenimiento, sin limitarse a mencionar los libros dedicados especialmente a las juras y proclamaciones, sino también a cuanto se escribió con ocasión de

hechos de tal importancia, ya sean las relaciones de las fiestas a que dieron origen; ya las muestras poéticas o dramáticas; ya, finalmente, los sermones que se pronunciaron en los templos. Toda esta literatura, expresa Medina, vino a probar de una manera elocuente los sentimientos de amor y lealtad hacia los soberanos que se manifestaban más acendrados y entusiastas que en la misma España.

Cataloga, también, Medina los libros que tratan del valor del oro y de la plata y sus equivalencias; de los litigios a que dió origen el desempeño de los funcionarios empleados en las Casas de Moneda, en el ejercicio de sus cargos, “de cuyos alegatos se suele a veces aprovechar datos interesantes para la numismática”; y las relaciones de servicios de esos mismos empleados, utilizables en sus biografías, cuando llega el caso de hacerlas.

Tal es el contenido de la *Bibliografía numismática*, del prolífico escritor, a través de las descripciones minuciosas de 397 títulos de impresos, comprendidos desde 1556 hasta 1810.

BIBLIOGRAFÍA BIOGRÁFICA

Junto a la obra en que Medina estudia las instituciones y el desarrollo de la cultura hispanoamericana colonial hay que colocar la no menos abundantísima que se refiere a los individuos, o sea la obra biográfica, que “es de una riqueza y variedad asombrosa”, como la califica Emilio Vaisse.

Pocos personajes del mundo hispanoamericano escaparon a su afán investigador. Este sector de los estudios biográficos va desde el simple documento que hace luz en algún suceso desconocido hasta las biografías magistrales, como las dedicadas a los navegantes hispano-portugués y a Ercilla. Por lo que toca a Chile, basta recordar su *Diccionario biográfico colonial de Chile*.

Fuera de esta gran cantidad de publicaciones que tienen el carácter definido del género biográfico o que allegan algún documen-

to más para el conocimiento de un personaje, hay algunas que participan, más bien, de lo que se llama bibliografía biográfica o bio-bibliografía, que en lugar del desarrollo de la vida de un personaje remite a las fuentes originales o de segunda mano.

A esta última clase pertenece el libro que dió a la estampa en 1914, con el título de *Noticias bio-bibliográficas de los Jesuítas expulsos de América en 1767*.

Con dicha publicación se propuso Medina llenar un vacío de sus investigaciones bibliográficas relativas a la América Española. En la *Biblioteca Hispano-Americana* se había ocupado de las obras de americanos, o de españoles radicados en América, que dieron a luz sus obras en Europa o que habían sido reimpresas en este continente mientras duró la dominación española en el Nuevo Mundo. Falta por inventariar los libros publicados en Europa, por americanos o por peninsulares, en idiomas diversos del castellano o del latín, "todos los cuales reconocían su procedencia de los jesuítas expulsos".

La producción literaria de los jesuítas en Europa, especialmente en Italia, había llamado, desde hacía tiempo, la atención de los bibliógrafos. En páginas anteriores hemos citado el Catálogo del P. Ribadeneyra, publicado en 1608. A principios del siglo XVIII, el P. Francisco Gusta dió a luz una *Noticia degli Scrittori Gesuiti i quali dopo l'abolizione de la Compagnia habbo publicato diverse opere*, libro en el cual se basó la obra publicada en latín sobre el mismo tema por Raimundo Diosdado Caballero, impresa en Roma en los años 1814-1816. Superior a todas éstas, es la clásica *Bibliothèque des Ecrivains de la Compagnie de Jésus* de los PP. Augustin y Alois de Backer, publicada entre los años 1855 y 1861.

Por este motivo, modestamente Medina reconocía que su libro "no ofrecerá novedad de bulto a los eruditos, familiarizados, sin duda, con las fuentes de que proceden las noticias bio-bibliográficas... y si algún mérito tiene, no es otro que el de presentar reunidas en un solo cuerpo las que atañen a los jesuítas expulsos de los do-

minios españoles de América en 1767, que después de esa fecha publicaron alguna obra en Europa. Bajo este aspecto especialísimo, nada ha salido a luz hasta el presente...”

A través de las notas bibliográficas de este libro se ve la fecunda actividad intelectual de los expulsos, cuyas obras dieron a conocer en el Viejo Mundo, la historia, la geografía y la lingüística americana, representadas en las que escribieron los padres Castro y Clavigero de México, Febrés, Havestadt y Molina de Chile y varios otros.

Tampoco están ausentes de estas obras dadas a luz por los expulsos, las de viva polémica religiosa y teológica, aparecidas bajo el velo del anónimo o del seudónimo, como la del jesuíta chileno Fuenzalida contra los jansenistas y la no menos célebre del padre Lacunza, que hasta hoy sigue despertando el interés de teólogos y bibliógrafos.

Había tenido ya oportunidad Medina de incluir en su *Biblioteca Hispano-Americana* numerosos impresos en castellano relativos a santos y venerables del Nuevo Mundo; sin embargo, simultáneamente fué encontrando algunas piezas extranjeras, como procesos de canonización, traducciones de originales castellanos, relatos de algunos incidentes de sus vidas, y, sobre todo, las que se publicaron con ocasión de las fiestas de sus canonizaciones. Todas estas piezas bibliográficas encontraron cabida en su *Ensayo de una bibliografía extranjera de santos y venerables americanos*, publicado en 1919.

La bibliografía hagiográfica que ofrece Medina no es muy abundante, pues como el mismo bibliógrafo explica, “si la historia de la conquista de América es rica en hazañas militares, el número de los santos y venerables que vivieron, y más aún, los que nacieron en este continente, resulta corto por extremo”. A pesar de esta reducida producción literaria sobre algunos de estos personajes, a excepción de Santa Rosa de Lima, fué grande la dificultad para reunirlos, “causa de la extremada rareza de no pocos de los impresos que la forman, probablemente por la abundantísima circulación que al tiem-

po en que vieron la luz pública debieron de alcanzar entre la gente devota”.

Muchos de estos impresos están redactados en latín y se refieren, sobre todo, a los procesos de canonización; otros en italiano, en francés, en inglés y aun en alemán.

Los santos y venerables que se registran en el *Ensayo* son, Ignacio Acevedo, José de Anchieta, Sebastián de Aparicio, fray Pedro Bardesi, San Luis Beltrán, Pedro de San José Betancour, fray Francisco Camacho, fray José Caravantes, Pedro Claver, Sor María de Jesús, Gregorio López, fray Antonio Margil, Juan Masías, Toribio Alfonso Mogrovejo, Juan de Palafox, Mariana Jesús Paredes, Martín de Porres, fray Antonio de San Pedro, Santa Rosa de Lima, San Francisco Solano y fray Pedro Urraca. La bibliografía de estos santos y venerables está precedida, además, por una breve biografía de cada uno.

Caen también, en cierto sentido, dentro de la bio-bibliografía, algunos trabajos, como el *Ensayo de una bibliografía de las obras de don José Miguel Carrera*, en que se describen, particularmente, sus escritos y proclamas lanzados por la Imprenta Federal de Montevideo (63); la rarísima “plaquette” *Los Errázuriz. Notas biográficas y documentos para la historia de esta familia en Chile durante la colonia*, dada a luz en 1898; y por último, la Bibliografía de las cartas de Pedro de Valdivia, insertada en la edición facsimilar que de ellas hizo Medina, publicada en Sevilla en 1929 (64).

(63) Esta bibliografía fué publicada primero en la *Revista del Museo de La Plata*, en 1892, con una separata del mismo año. Se reprodujo en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, XL. (1921). p. 327-371.

(64) Mientras corregimos estas pruebas está próxima por aparecer una obra póstuma de Medina, titulada *Ensayo bio-bibliográfico sobre Hernán Cortés*, editada por el Fondo histórico y bibliográfico J. T. Medina, de reciente creación.

LOS CATÁLOGOS

Varios son los catálogos sobre su colección de libros que preparó el propio Medina, destinados a diversos fines.

Hemos recordado ya el que publicó en 1888, con el nombre de *Bibliotheca Americana*, que aparte de ser un catálogo de la valiosa colección de obras sobre América latina que poseía su dueño en esa época, incluye, al mismo tiempo, una bibliografía colonial de Chile.

En ese mismo año puso a la venta una corta lista de duplicados de su biblioteca, para lo cual imprimió un folleto de 19 páginas con el título de *Catálogo de una pequeña colección de libros antiguos sobre la América Española*.

Mientras residía en Sevilla, durante 1893, ocupado en la preparación de las bibliografías e imprentas hispanoamericanas, editó un primoroso opúsculo titulado *Catálogo de libros españoles, cuya descripción bibliográfica solicita José Toribio Medina*, para tratar de examinar algunas piezas que le eran desconocidas, pese a las laboriosas búsquedas que había hecho.

En 1925, cuando Medina hizo donación al Estado de su biblioteca y archivo con 22,000 volúmenes y cerca de 500 tomos de manuscritos, para instalarlos en una sala especial de la Biblioteca Nacional de Santiago, donde actualmente se conservan, quiso que ellos pudieran consultarse de inmediato por los estudiosos, para lo cual él mismo redactó el catálogo de las obras impresas. Se trata del *Catálogo breve de la Biblioteca Americana que obsequia a la Nacional de Santiago J. T. Medina*, cuyo tomo I se publicó en 1926.

“El presente Catálogo —expresa Medina— no tiene pretensión alguna a ser obra propiamente bibliográfica. Ha sido redactado para servir como simple apunte de las obras que en él se incluyen, y tan abreviado como ha sido posible para no aumentar su volumen, tarea a veces más dificultosa de lo que pudiera parecer cuando se sabe que en las obras del siglo XVIII especialmente, impresas en España o América, portadas hay que llenan más de una página”.

Este tomo comprende las siguientes secciones: Bio-bibliografía (65); Lenguas; América en general y Viajes; América Central; Antillas; Argentina; Bolivia; Brasil; Colombia; Chile; Ecuador; Guayanas.

En cuanto a estas divisiones, Medina hace la siguiente aclaración: "Las divisiones establecidas distan mucho de ser absolutas, de tal modo, que en ocasiones algunas obras que bien pudieran figurar en una se hallan en realidad en otras; observaciones especialmente aplicables a las que se refieren a las que tratan del castellano y de alguna otra lengua, como, por ejemplo, las de Filipinas... Por la distribución de materias seguida en este Catálogo, apenas si se necesita advertir que un autor dado figura en más de una de ellas siempre que sus trabajos pertenezcan o tengan por tema a distintos países".

En estas diversas secciones se sigue el orden alfabético de los autores, sin atender a las fechas de los impresos.

El II tomo publicado en el mismo año, fué preparado también por Medina, con la colaboración del señor Feliú Cruz, Conservador de la Biblioteca Medina en la Nacional de Santiago.

Contiene los impresos de los siguientes países: México, Paraguay, Perú, Uruguay, Venezuela, Estados Unidos, Filipinas y el Oriente. Además incluye las secciones de Numismática, la Mapoteca y la de Estampas y retratos.

Este tomo comprende, particularmente, una de las secciones más ricas y con seguridad la más abundante, la de los impresos mexicanos, dividida en "Libros impresos en la ciudad de México hasta 1821", "Puebla colonial (1640-1821)" y "México en general" (66).

(65) En realidad, parece que hay aquí un error, pues esta sección debió llamarse simplemente "Bibliografía", ya que en ella se registra toda clase de obras bibliográficas, como ser bibliografías nacionales, imprentas, repertorios bibliográficos especiales, catálogos, etc.

(66) Se le atribuye, también, a Medina, dos catálogos más, redactados con fines de venta. Uno es el **Catálogo de las obras de derecho, literatura e historia de la biblioteca de D. José Toribio Medina que se**

LA TÉCNICA BIBLIOGRÁFICA

A través de las páginas precedentes hemos tenido oportunidad de describir la monumental empresa del bibliógrafo para inventariar la producción impresa de un continente, durante los siglos coloniales, o para allegar completísimas bibliografías en diversos órdenes de materia.

Toda esta labor fué cumplida por Medina con una laboriosidad de la que hay pocos ejemplos; con una disciplina y un método féreos; y más aún, con un conocimiento profundo de la historia hispanoamericana.

A toda esta notable acumulación de virtudes que se aunaban en el intelecto del polígrafo, hay que añadir sus extensos conocimientos de la ciencia del libro, de la cual hizo gala a través de una acabadada técnica para el asiento y la descripción bibliográfica de los impresos.

Los trabajos bibliográficos de Medina se ubican en la línea de la gran escuela de la bibliografía crítica moderna, en cuyo sector ame-

venderán en remate público, Santiago, 1891 (Bibliografía de Zulen y de Sarah E. Roberts).

El otro se titula *Catálogo de obras americanas y de algunas relativas al Oriente, en su mayor parte antiguas. A catalogue of old and rare books relating to Latin America and to the Orient. For sale by Hume and Co. Librería Inglesa. Santiago de Chile, s. f.* (Bibliografía de Feliú Cruz, N.º 228).

Creemos que ninguno de estos catálogos es obra personal de Medina. Primero, porque ambos figuran como anónimos en el Catálogo de su biblioteca que donó al Estado, que como hemos visto fué preparado por él mismo; no así su catálogo de libros antiguos de 1888, que figura bajo su nombre. En segundo lugar, porque en el catálogo de libros ofrecidos en venta por la librería Inglesa, aunque hecho con mucha prolijidad y con notas bibliográficas eruditas —seguramente entregadas por Medina— se expresan algunos elogios sobre el propio don José Toribio.

En esta sección no hemos considerado otros catálogos hechos por Medina de su colección de mapas, planos y vistas, ni tampoco algunos índices de archivos y documentos que escapan al campo bibliográfico estricto.

ricanista, como hemos visto, brilla con luz propia el norteamericano Henry Harrisse.

El bibliógrafo chileno no desconocía las grandes bibliografías clásicas, como tampoco se quedaba atrás en la información de repertorios o catálogos publicados en diversos países, especialmente los que se referían a las disciplinas que él cultivó. Basta para constatarlo revisar el Catálogo de su Biblioteca, donde en la sección respectiva, aparecen enumerados centenares de trabajos y ensayos bibliográficos de los más notables bibliógrafos y de otros menores.

Al consultar, también, cualquiera de sus bibliografías, uno se queda admirado del despliegue erudito en la compulsa de las más variadas autoridades y de la minuciosidad, de la certeza y de la prolijidad en la anotación de las citas bibliográficas (67).

A lo anterior hay que agregar que Medina poseía una extensa cultura idiomática. No le era extraño el latín, el inglés, el francés y el alemán. Sus conocimientos lexicográficos del castellano, tanto antiguo como moderno, eran profundos. Todo lo cual le sirvió para el espulgo concienzudo de los más disímiles impresos.

Examinemos someramente el método y la técnica bibliográfica utilizados por el autor de la *Imprenta en Santiago*.

En todos sus grandes repertorios, como ser las *Bibliotecas* y las *Imprentas*, en algunas bibliografías especiales y en las que se describen las diferentes ediciones de un impreso, como la de *La Araucana*, empleó el orden cronológico de las fechas de publicación de las obras. Cuando no le fué posible establecer la fecha exacta de algunas piezas, las describió en lugar aparte, en secciones que llamó "Sin fecha determinada", procurando colocarlas unas después de otras conforme a los años que, con más o menos exactitud creyó ha-

(67) En la *Biblioteca Hispano-Americana* cita entre otras, por ejemplo, las siguientes autoridades: Nicolás Antonio, Pinelo-Barcia, Harrisse, Meusel, Panzer, Brunet, Graesse, Fumagalli y Amat di S. Filippo, Stevens, Bibliotheca Heberiana, Bibliotheca Browniana, Leclerc, Ternaux-Compans, Catalogue Heredia, Catálogo Salvá, Gallardo, Escudero y Peroso, Quetif y Echard, Conde de la Viñaza, Trömel, etc.

ber determinado en cada caso. Para facilitar la consulta de estos repertorios dispuestos así, al final de ellos se insertan extensos y prolijos índices de los nombres de personas que figuran en el cuerpo del volumen, con referencia a las páginas o al número del asiento bibliográfico.

La descripción externa de los impresos está hecha con prolijidad suma para adaptarla estrictamente a los accidentes del original. El título de la portada se transcribe palabra por palabra y línea por línea y para reproducir la disposición tipográfica del mismo emplea una barrita oblicua / que indica el fin de cada línea.

El mismo Medina ha dejado explicado el procedimiento que empleó en *La Imprenta en México*, respecto a esta parte del asiento bibliográfico, procedimiento que es casi similar en todas sus demás obras:

“La transcripción de la portada —escribe Medina—, para ser estrictamente ajustada al original, debe hacerse con todas sus mayúsculas, cursivas, versalitas, pero este sistema hace dificultosa la lectura y no podría emplearse en una obra de tanta extensión como la presente. Hemos adoptado, pues, el poner con mayúsculas, cuando toda la portada está en esa forma, sólo las palabras que las requieren conforme a las reglas ortográficas, salvo el caso en que en una misma línea estén empleadas ambas, que entonces las conservamos tales como están. Hemos omitido siempre emplear las bastardillas, reservándolas para las observaciones de los accidentes de la portada, como ser, las viñetas, filetes, bigotes, adornos, etc. Cuando se notan erratas en el texto de las portadas, las conservamos, naturalmente, llamando en ocasiones la atención del lector a las más grave con un (*sic*)” (68).

A continuación del título y de las otras indicaciones de la portada, en composición tipográfica más pequeña, se anotan las demás particularidades externas del impreso.

(68) Op. cit., I, p. XIII.

En la designación del tamaño o formato de los libros, casi en su totalidad de procedencia hispanoamericana, se emplean las medidas bibliográficas españolas, que tienen por base el pliego de papel sellado, que según sus dobleces da los tamaños en folio, en 4.º, en 8.º, en 12.º, en 16º y en 32.º

La paginación es dada con toda minuciosidad, contándose por separado las hojas de preliminares e indicándose con respecto del texto, si lleva o no foliación. En los impresos del siglo XVI, que merecen más prolijidad, se señalan las firmas, si llevan títulos en los folios, reclamos, letras capitales de adorno y el número de líneas de las páginas llenas, etc.

A continuación se indican los caracteres: gótico, romano, de tortis, etc., usados en el texto, especialmente en los impresos más primitivos.

Atención preferente, también, ocupa la indicación de los grabados y otros ornamentos, como frontispicios, viñetas de adorno, iniciales adornadas, etc., enumerándose la cantidad de los grabados y el procedimiento técnico usado en la estampación.

En seguida, casi siempre, en párrafo aparte se detalla el contenido o los títulos de los preliminares, que eran usuales en los impresos antiguos, como ser tasas, aprobaciones, licencias, dedicatorias, etc.

A continuación se indica el lugar en dónde se encuentra el impreso descrito, ya sean bibliotecas públicas o particulares.

Luego se especifican en forma abreviada las otras fuentes, o autoridades bibliográficas que han descrito el impreso o al menos han dado alguna noticia del mismo.

Y, por último, se ofrecen datos y noticias importantes sobre la obra, las circunstancias de su aparición, pormenores bibliográficos de otras ediciones, y toda clase de antecedentes sobre la vida del autor, transcribiéndose, muchos veces, numerosos documentos originales.

Fuera de este despliegue de erudición bibliográfica, para que nada escape a la descripción de las obras, especialmente cuando tie-

nen alguna particularidad notable, como hemos visto ya, se reproducen en facsímil las portadas u otras particularidades tipográficas.

CONCLUSIÓN

Este “montaje de materias primas”, según la expresión de Toynbee, que realizó Medina con una energía ejemplar, en sus monumentales “corpus” bibliográficos y en sus demás ensayos de esta especie, lo definen como uno de los casos más extraordinarios de la bibliografía universal.

Porque no otra cosa significa el allegar 50,000 piezas bibliográficas, desde las obras más interesantes y valiosas de la primitiva historiografía americana, hasta los más febles papeles de las incipientes imprentas improvisadas; desde el libro europeo escrito ante el acicate de los primeros descubrimientos y exploraciones, hasta la proclama volandera lanzada en los albores de la revolución de la Independencia.

Y no sólo eso, que ya es mucho, fué la tarea del “formidable bibliógrafo” como lo llamó un escritor español, pues a cada una de esas piezas, le buscó, Medina, su oscuro origen, a cada una le apuntó un escolio aclarador y a cada una le fijó su derrotero trascendente o intrascendente en el panorama del mundo colonial hispanoamericano.

Toda esta rica cantera bibliográfica que legó el erudito chileno, ha nutrido y nutrirá los trabajos históricos sobre el pasado americano. En las bibliografías de Medina hay un caudal inexhausto de materiales de la mejor ley para el pesquisador de la cultura hispanoamericana, para que el sociólogo apoye sus intuiciones sobre la influencia de España en América, para el historiador de las letras coloniales, para el geógrafo, para el numismático, para el lingüista que estudie los idiomas aborígenes, para el investigador de la historia eclesiásticas y del derecho indiano. En fin, nadie podrá dar un paso en

la historia americana sin acudir a las publicaciones de Medina, como ha expresado Rafael Altamira.

La obra bibliográfica del autor de *La Imprenta en México* es, en realidad, para el historiador, lo que la carta geográfica para el marino, como dijo HARRISSE de la Bibliografía en general.

Este "manifiesto" de la "bibliografía" en México, según la expresión de TAYLOR, por que también "manifiesto" es una expresión española, en sus rasgos esenciales, "corpus bibliográfico" de la "bibliografía" en México, es el primer "manifiesto" de la "bibliografía" en México, que se ha publicado en el país.

Forma un volumen de 1000 páginas, que contiene una gran cantidad de datos, desde los primeros impresores y editores de la imprenta mexicana, hasta los últimos impresores y editores de la imprenta mexicana, pasando por los impresores y editores de la imprenta mexicana, que han contribuido a la historia de la imprenta mexicana.

Y un solo volumen, que contiene una gran cantidad de datos, desde los primeros impresores y editores de la imprenta mexicana, hasta los últimos impresores y editores de la imprenta mexicana, pasando por los impresores y editores de la imprenta mexicana, que han contribuido a la historia de la imprenta mexicana.

Toda esta obra, que contiene una gran cantidad de datos, desde los primeros impresores y editores de la imprenta mexicana, hasta los últimos impresores y editores de la imprenta mexicana, pasando por los impresores y editores de la imprenta mexicana, que han contribuido a la historia de la imprenta mexicana.